

A VUELO DE PÁJARO



RELATOS

ENZO MUÑOZ NEIRA



Proyecto Financiado por el Fondo
Nacional de Fomento del Libro
y la Lectura 2012

Consejo Nacional de la Cultura y las Artes

EDITORIAL FERTIL PROVINCIA

Proyecto Financiado por el Fondo
Nacional de Fomento del Libro y la Lectura 2012
Consejo Nacional de la Cultura y las Artes

A VUELO DE PÁJARO

© Enzo Muñoz Neira

Reg. Prop. Int. N °: 195987

ISBN: 978-956-7170-40-1

Ilustraciones: Diego Muñoz S.

Diseño de arte y diagramación: Heddy Navarro H.

Primera edición: mayo de 2012

Editorial Fértil Provincia

editorialfertilprovincia@gmail.com

Esta obra forma parte del proyecto “Tres Libros de los Ríos”
gestionado y producido por ONG Comunidad Serindigena

Valdivia, Chile

A VUELO DE PÁJARO

relatos

Enzo Muñoz Neira

2012



Editorial Fértil Provincia

*A mi hija Clara Valentina
quien, con el inicio de su vuelo,
tiñó de luz el comienzo de mi otoño...*

Agradecimientos

Deseo expresar aquí mi gratitud hacia personas cuya intervención, confianza y persistencia hicieron posible que este libro asomara a la claridad.

Agradezco a Manuel Gallegos Abarca, gran escritor, que me hizo las primeras sugerencias de corrección y procuró hacerme comprender la esencia de un cuento; a Heddy Navarro y Bruno Serrano que, con inquebrantable energía e incentivo lograron que me decidiera a abordar su publicación; a Diego, mi hijo, que aceptó el desafío de ilustrar lo que estos relatos sugirieron a su imaginación de artista, en fin, a mi maestro de vuelo libre, Rolando Gubernatis M. y a todos los amigos con los que he compartido el espacio azul en el cual conocí a muchos de los personajes de esta obra...

El Autor

Prólogo

“A Vuelo de Pájaro” es el segundo libro de Enzo Muñoz Neira quien, desde su palabra preferentemente enraizada en vivencias y reflexiones, propone una mirada consciente del mundo que compartimos con otras criaturas.

Habitar el espacio al que el autor invita, es un acto solidario que permite, ascender hasta el alto donde sólo los más avezados se atreven, ya sea dotados de alas por toque divino o por tecnología humana. No obstante, estos relatos florecen gracias a esta última hazaña, ya que desde el artificio llamado parapente — orgullo de los descendientes de Leonardo da Vinci — logran remontarse al liviano y libre azul, envidiados desde la tierra donde aún los zapatos se aferran.

En el éter, este narrador alado, logra sus mejores momentos y la palabra se instala entre seres que hablan otra lengua, pero que quizás — no lo sabemos — también comparten la nuestra.

A seguirlo en este vuelo nos convoca el autor, el que a fuerza de intentarlo logra elevarnos a livianos tonos y horizontes mostrando una palabra

escrita con pluma de ganso, la que asoma liviana y solemne como es la mejor manera de elevarse e iniciar el primer vuelo.

Los editores

1

Un Cernícalo Especial

I

A mi llegada, la tarde era perfecta. Una suave brisa movía con desgano la copa del frondoso pino, que siempre ha servido como perfecto refugio para los hombres que, frente a la playa de Algarrobo, desean ser pájaros mientras aguardan impacientes las condiciones propicias para el despegar los pies de la superficie de la tierra. Esta vez, sin embargo, me encontraba solo. Desde abajo, el mar me hacía escuchar su llamado quedo. Hacia el poniente el horizonte se tornaba infinito y la vista se perdía por la línea costera cuando se miraba hacia el sur.

El viento en aumento, impregnaba en mis labios un gusto salobre y la textura del ambiente se adhería a la piel en esa hora serena. ¡Ya pronto sería tiempo de emprender el vuelo!

Luego de unos treinta minutos de espera, el golpe del viento en el rostro me indicó que parecía ser momento adecuado. Troté hasta el punto de despegue habitual, medí su velocidad con mi anemómetro de mano: veinte kilómetros por hora. ¡La intensidad precisa!

Corrí por mi silla y la vela aún convertida en un rollo compacto. Me puse el casco y un persistente martilleo en las sienes indicó que el pulso comenzaba a acelerarse, como siempre en los segundos previos al despegue.

¡¡Scchbuuaaapppp!!... el seco y conocido chasquido llegó a mis oídos y los colores rojo y gris del ala quedaron desplegados a casi tres metros sobre mi cabeza, producto de su perfecta presurización. Estabilicé su leve cabeceo. La dejé flotar tranquila unos segundos, sintiendo en las manos su pulso. Luego, tres largos pasos, hasta quedar al borde del acantilado, suave frenado simultáneo y, entonces, tracción inmediata: estaba a treinta metros sobre el punto de mi despegue, suspendido en el aire. Giré con suavidad, pero de inmediato a derecha, para conservar mi curso en el sector de ascendencia del viento, al borde de la tortuosa ladera de Mirasol Alto, sobre cuya pendiente abrupta unos pocos arbustos, entre los que resaltaban los pétalos coloridos de las astromelias silvestres, se aferraban como podían a una tierra que, por mi parte, me empeñaba en dejar cada vez más distante bajo mis pies, que ahora colgaban libres al vacío.

“Otra vez en lo que amo”, pensé por un instante. Respiré hondo y me acomodé en la silla para sentir el silencio eterno, apenas interrumpido por el rumor lejano de las olas y el gorjeo caótico de las

gaviotas que llegaba hasta mis oídos como un secreto cuchicheo de los elementos, junto al silbido del viento que se colaba por los intersticios, entre el casco y mi rostro...

A ciento cincuenta metros sobre la tierra, el mar era color turquesa y el espacio a mi alrededor tan calmo y diáfano, que invitaba a adormecerse persiguiendo confines por el borde aserrado de la línea de la costa o en el horizonte azul tenue del océano, expuesto como un gigantesco ojo ante mí. Estaba deliciosamente solo disfrutando del inmenso espacio...

Miré un instante hacia la tierra que pasaba lenta bajo mis pies contra mi derrotero y divisé a tres incrédulos que miraban hacia mi dirección, haciendo gestos de saludo con sus manos desde una de las calles del sector Mirasol, próximas al borde de la pequeña ladera, sin cuya existencia resultaría imposible levantar vuelo en ese lugar. Les respondí soltando unos segundos los conductores de mi ala para descargar luego el peso del cuerpo sobre el costado derecho de la silla, colaborando en un nuevo giro. Conmigo giró entonces el mar omnipresente y me sumergí por unos instantes en una fantástica paleta salpicada de colores en distintas gradaciones de azul, esmeralda y ribetes blancos, enmarcada por el silencio. Siempre el silencio en torno a mi vuelo.

II

– ¡¡Pero qué curioso atavío es el tuyo, hermano. Si parece uno de esos extraños esperpentos que los humanos clavan en los campos para evitar que nuestros primos roben algunas de sus semillas, ¡¡ja, ja, ja!!

Las voces llegaron desde mi costado izquierdo, sorprendiéndome justo cuando había completado el giro y permanecía aún con los ojos levemente entornados, en profundo relajo.

Con sobresalto miré y, antes que alcanzara a decir nada, uno de los aguiluchos de grandes ojos y regio plumaje azulado y blanco jaspeado de sepia, que volaban justo a mi lado, prosiguió con voz clara y suave:

– ¿De qué latitud has migrado? ¿O vives por acá? ¡Nunca te habíamos visto!

Su compañero continuó un interrogatorio que no había comenzado a responder en medio del estupor que me impelía a mirar hacia los costados, en busca de una certeza que nada me podía entregar en esos momentos...debo estar medio dormido, pensé...

– ¿Eres tal vez, un pájaro misántropo que ha salido a dar un paseo matutino?... ¡¡Ja, ja ja!!

– ¡No, no: es un extraño espécimen que sale de su hibernación luego de muchos siglos!, espetó su

compañero, mientras ambos se guiñaban un ojo y reían manteniendo, empero, un vuelo impecable. Ni una pluma se movía en sus alas extendidas como firmes cuchillos.

Rieron con estridencia y se miraron con un gesto de complicidad entre sí.

Todavía sin comprender lo que pasaba, observé una vez más a mi alrededor, para convencerme, de no sé qué. ¿Unos aguiluchos me hablaban? Sí..., sí..., bueno, pensé, lo que ocurre seguramente es que ya ha transcurrido mucho rato por estos lados. Estoy alucinando. Sacudí un poco la cabeza como para despertar. Pero no: las magníficas aves de presa estaban ahí, justo a mi lado y parecían esperar alguna clase de respuesta.

Intentando sobreponerme, procuré balbucear alguna:

– Bien... este... en verdad no soy de aquí – dije, al tiempo que gesticulé torpemente con una de mis manos, señalando con ella hacia el entorno azul que nos rodeaba. O mejor dicho, quisiera serlo, tal vez lo fui, agregué de inmediato, creyendo aun estar en medio de una laguna mental o algo parecido y pensando para mis adentros: ... qué bueno estar acá, lejos, donde nadie me puede observar... yo, hablando con pájaros... ¡esto sencillamente es irreal!...

—No te comprendemos —dijeron mis compañeros ocasionales de vuelo casi al unísono, mientras conservaban una formación perfecta, con sus alas extendidas e inmóviles, como espadas plumíferas que rasgaban el aire salino de la tarde costera, cuyo sol radiante apenas calentaba a esa hora.

—Pero... extraño y todo, ¿eres un hermano pájaro, verdad? —agregaron de inmediato con un leve tono suspicaz mientras dirigían una mirada escrutadora y profunda a mi equipamiento de vuelo, que seguramente les parecía enorme.

Tal vez lo fui... en una época lejana que ahora busco en una semipenumbra, barrunté en silencio. Tal vez... pudieran ustedes ayudarme a recordarlo, continué cavilando sin hablar. Y proseguí meditando. En realidad...

Los rapaces interrumpieron el curso de mis cavilaciones para decirme, justo cuando por mi parte iba a confesarles que sólo era un simple ser humano, un habitante de otro mundo que sólo paseaba unos instantes en el cielo despejado de la tarde:

—Nos cuesta comprenderte... hablas en forma un tanto extraña, pero te ayudaremos a recordar...

Mi estupor aumentaba, pues me di cuenta que podían entender lo que estaba pensando, ¡sin necesidad de palabras! Estaba en esos giros de la mente, cuando el que volaba más próximo a la ladera de Mirasol agregó:

—Sí, podemos entender sin que debas emitir ruidos. Para nosotros el silencio puede ser cosa de vida o muerte... ¿comprendes?

No podemos detenernos mucho tiempo esta vez. Llevamos algo de prisa. Vamos hacia nuestro hogar, cerca de Pichilemu, al costado del mar. Somos aguiluchos marineros, ¡jja, ja ja!!, rieron ambos de buena gana.

—Sin embargo, te sugerimos aguardar que aparezca por estos dominios nuestro primo el cernícalo. Es algo cascarrabias, pero sabe mucho y tal vez esté de humor para enseñarte dos o tres cosas interesantes... se nota que las necesitas. Tu vuelo parece demasiado trabajoso. No tiene aspecto natural, sentenciaron ambos con una sonrisa burlona.

Y el más robusto señaló:

—Pareces muy torpe y falto de gracia. Como si hubiese transcurrido muuucho tiempo sin que hayas desplegado alas. Pareces uno de esos seres que ves allá en la playa...toscos hasta en su andar.

Miré hacia abajo otra vez y, unos puntos diminutos que se movían en la orilla de un mar color azul profundo, que mostraba algunas “palomitas” en su imponente extensión o reposaban en la arena rubia, me confirmaron que, definitivamente, no estaba alucinando. ¡Sí, claro!, esa era la playa de Mirasol y este era yo, el mismo que estaba volando

en el querido parapente color rojo y gris y a mi lado estaban, pues...unos aguiluchos... muy especiales...

— Bueno, yo — alcancé a balbucear, queriendo explicarles nuevamente que debía regresar a tierra, que era un simple ser humano; precisamente uno de esos seres que divisaban desde lo alto y que habían descrito con tanta precisión; que tenía “deberes” y cosas que atender en mi condición natural bípeda. Cuando mis compañeros de vuelo giraron suavemente, alejándose rápidamente hacia el sur, por la orilla de la costa, manteniendo un trayecto recto y nivelado que ni el mejor piloto humano hubiese conseguido ejecutar... alcancé a escuchar casi como un susurro lejano:

— ¡Pronto nos reencontraremos... Las más impensadas situaciones te pueden abrir paso a una parte de la verdad... Hasta pronto!

Los perdí de vista luego. En verdad que mi vuelo es torpe comparado al suyo, medité. Al lado de cualquier habitante natural del éter en realidad. No podía subir a plena voluntad, prisionero del viento que suavemente continuaba escribiendo su canción en mis oídos. Yo, pasajero extraño en un mundo que sin embargo, presentía cercano.

Di en seguida un vistazo rápido a mi reloj y me di cuenta que había permanecido en el aire ¡casi dos horas! Había pasado el tiempo, literalmente, “volando”.

¡El cernícalo! Debo encontrar al cernícalo del que hablaron esos aguiluchos, pero esta situación... ¿será real?

Hacia abajo, la punta norte de la tortuosa ladera de Mirasol se transformaba en un barco que algún extravagante había construido, justo sobre el promontorio rocoso que la remata, para luego abrirse en una garganta que era preciso evitar o sobrevolar a buena altitud, para evitar peligrosos rotores capaces de arrastrar al piloto tierra adentro hacia un aterrizaje poco confortable sobre los árboles o las rejas de las casas de veraneo del lugar.

— ¡Allá!... ahí está. ¡Debe ser él, de seguro! — alcancé a musitar justo cuando bajo el parapente, a unos treinta metros en diagonal, precisamente sobre el borde de la ladera, apareció súbito un cernícalo, con su vuelo raudo y su figura estilizada. Alas filosas, cortas, tinte oro tostado, con manchas más oscuras, resaltado por los rayos del sol que comenzaban a tornarse oblicuos... sólo debo ponerme a su alcance visual para intentar el contacto... afortunadamente me encuentro solo. Je, je, je. ¡Cualquiera diría que estoy verdaderamente loco!...

Mientras procuraba alcanzar la trayectoria de su vuelo, maniobrando mi ala lo más técnicamente que podía, me di cuenta de las maravillosas capacidades del pequeño cernícalo, que se desplazaba en esos momentos a favor de la corriente ascendente de

aire que enfrentaba la irregular ladera de Mirasol. Era un poema ver cómo manejaba sus alas y cola para realizar medios giros, corregir su altitud y, en muchas ocasiones, para “detenerse” en el aire en forma literal, mientras sus ojos — dotados como en la totalidad de las aves rapaces de una capacidad visual que para nosotros los humanos resulta asombrosa — localizaban en los sectores cercanos a la base del acantilado, alguna presa potencial.

— ¡Hey, amigo cernícalo! — grité hacia abajo, cuando estuve algunos metros sobre él, justo en el momento que ejecutaba una de esas sorprendentes “detenciones” en el aire de la tarde, en verdad sin mucha convicción de ser escuchado y, más que eso, sin creer que en realidad dicha ave fuera capaz de entenderme.

— Schiittt: silencio, ¡imprudente! — me respondió una voz aguda que venía desde abajo de mi trayectoria de vuelo.

— ¡No me interrumpas ahora!... estoy procurando cenar algo y allá abajo, justo al costado de esos pequeños arbustos que rodean esa piedra con manchas pardas, vi esconderse una lagartija de fuertes colores. Es muy sabrosa... ya he probado unas hace unos días... mhhh,... ¿quién eres? — agregé de inmediato, dando un fugaz vistazo a mi parapente.

Y antes que pudiese contestar, agregó:

— ¡Y no es preciso tanto volumen en tu voz!... yo puedo escucharte sin que debas gastar tus cuerdas vocales ni tu saliva.

— Bueno, yo soy un hum... ¡un pájaro tecnológico!, je, je, je, dije saliendo rápido del paso, mientras mi interlocutor daba una nueva mirada, esta vez algo más detenida, a mi equipo de vuelo, para enseguida “descolgarse” de su acrobática posición y dejarse llevar por el viento, siguiendo el curso serpenteante de la ladera unos cuarenta metros más lejos de mi posición, en cosa de segundos.

Di más velocidad a mi vela soltando un tanto los conductores, para intentar alcanzarlo, pero, cuando casi lo conseguía, mi rápido compañero de vuelo ya había girado otra vez en forma ágil y recorría el borde costero, esta vez hacia el sur, sin dejar de escrutar el suelo bajo su plumado cuerpo.

Giré a mi vez, para darle alcance y retomar la conversación y, cuando estuve otra vez cerca suyo, a unos cinco metros sobre su espalda, repuse:

— Unos aguiluchos que encontré me dijeron que hablara contigo... que podías enseñarme algunas cosas... yo...

No alcancé a terminar lo que pensaba decir, cuando mi rápido compañero, no sin antes darme una tercera mirada filosa como un cuchillo, manifestó.

— ¡Ah, ya lo sabía! ¡Es lo de siempre!... esos eternos nómades que vienen a competir conmigo por el alimento que ya es bastante escaso por culpa de los pequeños seres que pululan allá abajo, en la arena, parecen creer que debo ser una especie de “pre-escuela” para una serie infinita de pájaros que desean aprender... ¡qué se habrán figurado!... aunque es cierto que nunca había visto uno con el nivel de torpeza tuya, debo confesarlo, agregó con tono reflexivo.

Y antes que pudiese intervenir, continuó:

— Es demasiado extraño tu vuelo... parece... bueno, tú sabes... fofo... para decirlo derechamente, ¡es tan poco experto! Da la impresión que dependieses completamente de ese extraño atavío que llevas... no te asemejas en realidad a un ave, —sentenció, mientras me dirigía otra penetrante mirada.

— ¿No eres en realidad un pájaro, verdad?, — preguntó en forma tan directa que no era posible la evasiva. Había que confesar la condición de humano.

Durante unos segundos en que continuaba desplazándome suavemente hacia el sur, junto con el cernícalo que parecía brillar más intensamente con los rayos oblicuos del sol que impactaban las plumas del dorso de su cuerpo hecho para el vuelo, pensé intentar una triquiñuela que me permitiese hacerle creer que sí era un pájaro, pero de inmediato la pupila penetrante del rapaz congeló mi elabo-

ración mental y supe que ya estaba al descubierto... y que también había sido desenmascarado por aquellos aguiluchos... había que confesar, a riesgo de perder la compañía... o despertar del sueño.

— Bien... dije, mientras aclaraba mi garganta que se negaba a emitir sonido. — Es cierto, no soy un pájaro. ¿Tú lo supiste siempre, verdad? Soy un humano, como esos que ves en la playa. Diminuto, terrestre...

— Sí, mi extraño compañero de vuelo, lo supe. Es más, las gaviotas que viven por estos lados me habían advertido hace unas semanas de tu presencia en este espacio al que vengo de tarde en tarde, para cenar como ahora, o simplemente para volar sobre el mar en la hora que el sol comienza a ponerse... Es la más hermosa del día.

El cernícalo pronunció sus palabras al tiempo que ejecutaba un suave viraje para regresar hacia la punta norte del acantilado, maniobra que imité unos segundos más tarde, manteniendo mi posición sobre el rápido derrotero del pequeño maestro del viento.

— Bueno, este,... los aguiluchos me dijeron que te hablase... yo quería... bueno, tú sabes... algunas lecciones sobre vuelo y esas cosas. Me gusta mucho estar aquí, tanto que hay ocasiones en que, tras manejar un automóvil durante varias horas para llegar a este sitio, he debido regresar a casa por

la tarde sin haber siquiera desplegado la vela... Resulta frustrante.

El cernícalo, me dirigió una mirada de soslayo y pareció sonreír, antes de contestar:

— ¿Unas lecciones sobre vuelo? Bien, bien, pero el asunto es que no creo que sea posible enseñarte nada sobre ese tema... ¡¡Es más, no creo posible que alguien “enseñe” nada a nadie!!

Y agregó con fuerte convicción, mientras volvía a detenerse súbito en el aire en tanto yo pasaba una vez más de largo algunos metros antes de reaccionar para hacer regresar mi vela al punto donde “bailaba” en el éter mi interlocutor:

— Tú aprendes... muchas veces, sin saberlo conscientemente, aprovechas los espacios destinados al efecto. Esos que genera la vida... y aprendes. ¿Recuerdas cómo te lanzaste a caminar? ¿Cómo aprendió a caminar tu hermano, ese al que tú y tu hermana “enseñaron” sus primeros pasos cuando era pequeño, allá en Arauco? ¿Recuerdas qué resultó de esa “enseñanza” que en realidad pareció más un adiestramiento?

— Bueno, sí, sí, respondía sin salir del asombro, pues me refería a hechos que estaban claramente más allá del espacio temporal que ese pájaro había recorrido en su existencia.

— Te equivocas, repuso, apenas terminaba yo de cavilar sobre el tema.

—La vida es un río interminable. Una energía que se entremezcla, relaciona y que va más allá de la comprensión de ustedes, los humanos. Si pudieras recordar, verías mucho más lejos que tu frente y tendrías mucho menos ansiedad, sentenció el pequeño cernícalo bajo mis pies, antes de proseguir.

—No puedo enseñarte... ¡pero tú puedes aprender!... Si estás aquí, intentando con torpeza seguir mi trayectoria en el aire, debes amar esta realidad ¿no es cierto?

—En efecto, respondí en silencio. Realmente me siento bien cuando estoy aquí, suspendido en el aire, sintiendo el silencio y la paz.

—Bueno, pues entonces debes esforzarte por aprender. Tienes muchos maestros. En cada vuelo, apuesto que has encontrado a muchos de mis parientes que pasan a tu lado en silencio, respetuosos de tu espacio, compartiendo el goce de permanecer en el éter. Aprende de ellos lo necesario para perfeccionar tu técnica y para mejorar tu prudencia. Sólo eso puedo decirte. Si quieres, puedes aprender técnica simplemente observando, pero... ¿volar? Eso es mucho más que una técnica y... ¡Momento!, espera unos minutos, por favor.

Estaba casi embobado escuchando a mi compañero de travesía, cuando éste interrumpió su discurso y puso su estilizado cuerpo en un clavado rapidísimo, hacia los arbustos que verdeaban en las

faldas del acantilado, justo en el sector que todos los parapentistas que vuelan en Algarrobo conocen como “la olla”. Desde la altura, alcancé a divisar cómo salía de la maniobra casi a ras de suelo y se detenía en la arena unos metros más adelante con algo entre sus garras, que sospeché, era una de esas sabrosas lagartijas de las que me había hablado.

— ¡Mhhh, estaba realmente apetitosa!... Hacía dos días que no tenía posibilidad de comer. Ahora dispongo de energía suficiente para deleitarme con lo que realmente importa... — dijo — cuando regresó cerca de mi trayectoria unos minutos después.

El cernícalo pronunció estas palabras con serenidad. No hizo comentario alguno respecto de la lagartija en sus últimos momentos de vida. No era un cazador como los que yo he conocido entre mis congéneres, que relatan con morbosidad muchas de sus “diversiones” de caza.

— ¿Y qué es lo que importa entonces?, pregunté enseguida procurando sostener la conversación ante la inminencia de la disminución del viento, lo que forzaría de manera inevitable mi aterrizaje, mientras seguía con dificultad el cuerpo de mi interlocutor en la corriente del viento sur oeste que nos guiaba otra vez hacia el promontorio norte.

Me dirigió una de las miradas brillantes y súbitas de sus pupilas y dijo como si nada:

– Lo que importa es fluir. Ir con la corriente de la vida para aprender su sentido. Si uno de tu especie no puede darse al viento a voluntad y se frustra y enfurece por ello, no estará aprendiendo mucho en realidad, ni alcanzará claridad real sobre lo que el vuelo es...

Le dirigí una mirada de incredulidad o estupor, a la que respondió enseguida:

– Volar es otra forma de vida. Un sentimiento, que no tiene materialidad. Realmente podrás volar, cuando puedas prescindir del atavío. Cuando el vuelo haya capturado completamente tu energía mental. Por ahora, sólo estás luchando contra tu pequeño horizonte interior... ¿Has volado en sueños? ¿Has sentido que flotas, que puedes simplemente desplazarte sobre el casco de la tierra, con sólo extender tus brazos?

Antes que pudiera intentar alguna respuesta, me aplastó:

– ¡Claro: tal como sospeché! No has tenido esa sensación. ¡Te falta gran parte del camino. Deberás vivir mucho todavía! – Y continuó rápidamente la seguidilla de sus sentencias:

– Todos los días veo a gente como tú, caminando sobre la tierra. Creen saberlo todo, poderlo todo... piensan seguramente que los dones de este planeta que nos reúne por un breve espacio de tiempo, son

eternos y, es más, creen tan ilusamente ser... ¡los dueños de todo!...

Los he visto en su torpeza utilizando engendros monstruosos para truncar el vuelo de mis congéneres, fotografiándose luego junto a sus cadáveres con sonrisas en el rostro. He visto a los pequeños de tu especie torturando lagartijas como la que me sirvió de alimento sólo... ¡para divertirse!. Eso es por lo menos incomprensible para los que, como yo, no “pensamos”...

En verdad, proseguía (mientras yo no hacía más que guardar silencio, pues nada podía haber rebatido) muchos seres como tú debieran alzarse sobre su diminuta y altanera pequeñez, para que vieran el resultado de su paso por la tierra. Tal vez con ello sería posible detener el desastre que tú y yo podemos ver en derredor, desde este balcón privilegiado. Tal vez si probaran y comprendieran lo delicado y hermoso del vuelo. Si pudieran ver que nada es tan eterno e inmenso como el éter que nos rodea. Que todo lo que vemos en la tierra es tan frágil, pequeño y escaso, sea todavía posible... tal vez, tal vez...

—Sí, es cierto lo que dices. Lamentablemente parece que no lo hemos hecho muy bien hasta el momento — dije lentamente, mientras percibía que el viento bajaba sutilmente su intensidad.

Pero no todos siguen depredando. Existen muchos seres humanos que han despertado de la ilusión de eternidad. Se organizan en todos los lugares del mundo conferencias para debatir alternativas que eviten el colapso... debemos tener esperanza — me atreví a balbucear.

—Sí, sí, sí... conferencias, estudios, debates, bla, bla, bla!, pero cada día me cuesta más alimentarme y alimentar a mis descendientes y, cada vez que tropiezo con mis hermanos de diferentes bandadas veo en sus rostros una desesperación mayor... eso indica que tus conferencias sesudas no están siendo lo rápidas que se precisaría o que sencillamente no está produciendo efecto alguno, ¿verdad amigo aprendiz? —señaló el Maestro del aire, mientras ejecutaba un suave viraje para alejarse hacia su escondrijo de descanso.

Otra vez sin respuesta...

El estilizado habitante del firmamento miró profundamente hacia el sol que iniciaba definitivamente el descenso sobre la línea del mar que iba tomando un color cada vez más cercano al oro, en el horizonte, mientras se dejaba llevar por el viento sin esfuerzo alguno.

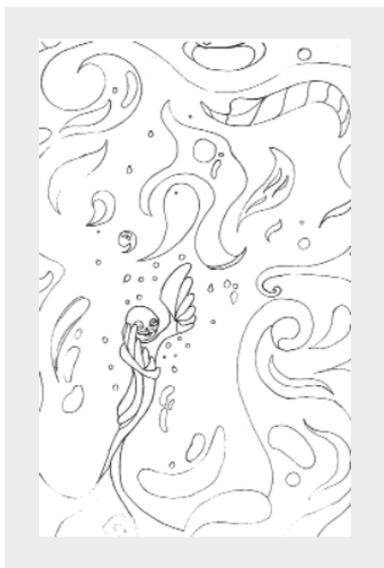
—Está comenzado la hora del reflujo esencial, amigo humano, dijo luego de su ejercicio escrutador y agregó —Debo ir hacia el brazo de madera que me presta ese hermano árbol que ves allá, entre las dos grandes rocas, para dormir... le gustan las

historias que le cuento de mis paseos por el aire, antes de entrar al sueño... es muy tranquilo, ¿sabes? Y muy cálido y generoso, también... ni siquiera se queja cuando tus semejantes rompen sus ramas sin razón alguna en los concurridos veranos de esta playa... sus brazos no son los de un anciano, pero ya ostentan muchas cicatrices...

— ¡Ah, por cierto!, me han contado de algunos humanos que vieron realmente lo que se debe ver... con los ojos que realmente ven... ustedes deben hacer caso de lo que ellos dijeron. Deben entender el sentido de la Unidad Universal. Deben incorporarse generosamente y en igualdad de condiciones al vaivén creador de la energía... no son dueños de nada, sino de la posibilidad de aprender y soñar... piénsalo. Creo que seguirás intentando creer que eres un ave, como yo, de modo que seguramente nos veremos otra vez. Tal vez entonces esté de humor para decirte algunas cosas sobre técnica de vuelo... quizá, si aprendes, no lo hagas de forma tan... ¡¡cómica, ja, ja, ja!!

Antes que pudiera decirle adiós, viró súbitamente por su izquierda y desapareció bajo mi derrota... no alcancé a verlo llegar, pero supe que ya estaría acomodándose en el brazo de su hermano árbol para contarle seguramente de un ser extraño con el que estuvo conversando mientras la tarde caía lentamente sobre la playa de Mirasol.

Miré la esfera del añoso reloj longiness que heredé de mi padre cuando éste comenzó su viaje definitivo y misterioso hacía ya más de veinte años... ¡las seis treinta de la tarde!... había volado más de cuatro horas continuas... ¡mi récord personal de permanencia!... El viento cesó casi por completo y el descenso se hizo entonces inevitable. Giré una vez más, poniendo rumbo al norte y luego de dibujar en el aire una "ese" corta, me dispuse a aterrizar en la playa casi completamente solitaria. El toque con la arena fue casi imperceptible pese a que ya me dolían un poco las rodillas. Giré rápido y me puse frente al parapente que, aún presurizado, flotaba en el aire tibio y cargado de sal de la tarde... se veía hermoso. No sabía si lo que había vivido era sólo parte de mi pasión por el vuelo, pero algo dentro de esa vela colorida me decía que había muchas cosas que pensar y sentir todavía. Miré un instante largo hacia las dos grandes rocas entre las cuales crecía un retorcido árbol. Saludé en silencio con mi mano y emprendí el retorno con la vela al hombro, mientras el sol hacía por su parte, los preparativos que anunciaban la llegada del crepúsculo...



2

Norbel y Franco, los Cernícalos

I

Luego de conducir por la monótona carretera casi tres horas, Ariel Blanco un médico de mediana edad que vivía en Puerto Montt estaba ingresando a su punto de destino, Valdivia, por la sinuosa entrada sur, que discurre a través de un valle dibujado por la fuerza de un terremoto que aún permanece en la memoria de muchos y que actualmente yace plagado de lagunas en las que habitan aves como taguas gigantes, gaviotas, patos y por cierto los hermosos y distinguidos cisnes de cuello negro, que merodean entre los juncos buscando comida y refugio.

Por fin arribando, pensó Ariel mientras oteaba el horizonte, en dirección a la costa, que se observaba casi totalmente despejado. Sólo unas formaciones importantes de cirrus rayaban el azul del cielo desde la distancia.

Frunció el ceño, discurriendo que esas condiciones bien podían presagiar vientos muy poderosos como para materializar la aventura del parapente... ya le había ocurrido en otras oportunidades...

—En fin... ¡hay que llegar al lugar y cruzar los dedos para que todo camine!, dijo en voz alta pese a viajar solo, mientras en el aparato de discos compactos del auto, sonaba una antigua canción de George Harrison: “My sweet Lord”, que el entusiasmado Blanco, tarareó alegremente, recordando los veranos que había pasado en Pichilemu, balneario de la sexta región de Chile, entre 1970 y 1973, cuando estaba en el comienzo de su adolescencia...

II

Midiendo la intensidad del viento con un pequeño anemómetro digital, encaramado en la cima de uno de los cerros que forman en gran anfiteatro de la Playa san Ignacio, en el sector de Niebla, ubicada en la costa de Valdivia — la llamada “ciudad de los ríos” en el sur de Chile — Ariel comprobó que sus cavilaciones de la llegada eran correctas... el viento soplaba en rachas que alcanzaban fácilmente los 26 kilómetros por hora, lo cual hacía imposible su despegue... y las horas pasaban lenta, pero inexorablemente.

III

Al inicio del atardecer, cuando el firmamento comienza a tomar un levísimo tinte anaranjado que colorea los altos cirrus desgarrados, encaramado en mi alta posición, como un involuntario vigía apostado sobre los cerros — lo que me permitía observar claramente las heridas que varios arroyuelos ocasionan en la arena gris y áspera de la hermosa playa, antes de confundirse con las pequeñas olas que rompen en la orilla del océano— las voces de dos cernícalos que sobrevolaban el sector con su acostumbrada maestría y a los cuales había estado observando desde hacía un rato, llegaron hasta mis oídos, rescatándome del ensimismamiento y la frustración en que me hundía poco a poco, a consecuencia de la imposibilidad de desplegar mi parapente para volar... “Otra vez me quedaré en tierra,... no voy a poder elevarme...”.

— ¡Hola, extranjero!... ¿Desde cuándo en esta zona?... Pero... ¡vamos, vamos!... ¡qué te ha ocurrido!... Tienes una expresión nada agradable, —agregó ante mi silencio el más pequeño, que mantenía entretanto un magnífico vuelo estacionario, como ese que con bastante más ruido y despliegue logran ejecutar los helicópteros, justo sobre un pequeño grupo de arbustos de murtilla

que asomaban desde el borde de la verde ladera en que me hallaba, exhibiendo sus pequeñas hojas duras y brillantes. El viento estremecía de cuando en cuando su cuerpo ahusado provocándole leves temblores que, sin embargo, no alcanzaban para desestabilizar su maravilloso equilibrio en el éter.

—No es mucho —dije con tono desganado— sólo que no he podido volar desde hace ya un buen tiempo... hoy parece que tampoco será el día. En fin, es el problema del sur de Chile para este deporte que practico.

—¡Oh!, ya veo!... se trata de ese asunto... al parecer no comprendiste mucho desde aquella vez en Algarrobo, hace un tiempo, cuando estuviste hablando con nuestro primo... ah, por cierto, me llamo Franco y... ¿tú eres esa persona, no es cierto? La descripción que de ti hizo nuestro primo del norte no pudo en realidad ser más precisa, deberemos enviarle una nota felicitándolo por su calidad como fisionomista, ¡ja, ja, ja! —dijo el más grande de mis interlocutores mientras, alegremente, se descolgaba en un elegante giro, quedando sólo a un par de metros de mi frente. Era muy bello. Sus plumas parecían de acero y el filoso borde marginal de sus alas semejava un estilete, desplegado en forma insolente y con el cual hería al rudo viento con maestría inalcanzable para un humano como yo.

— ¡Claro!... Tú debes ser el hermano que vuela con un artefacto de colores chillones que le provocó mucha risa a nuestro primo Nicodemus, en las playas de la zona central — agregó en seguida el más pequeño riendo de buena gana.

— Mi nombre es Norbel y nos da gusto conocerte. No pensábamos que fueras a aparecer por esta tierra en la que volamos... Es hermosa, ¿verdad? Nuestro primo nos contó que simplemente desapareciste hacía un tiempo y no te había vuelto a ver... ¡Ah!, nos dijo también que le había gustado conversar contigo... Enviaremos noticias al norte para que sepa que estás en esta parte de la tierra. Él nos dijo que, para ser humano, tenías algunas ideas muy... este... tú sabes... digamos... ¡exóticas!... De hecho lo impresionó notablemente el sólo hecho que pudieras conversar con él... ninguno de tus congéneres lo había siquiera intentado antes. Es más, siempre parecen ustedes tan lejanos... orgullosos. No dan la impresión de tener conciencia de su profunda fragilidad, ni de la de sus compañeros en la existencia...

Caí entonces en cuenta que sólo ahora me enteraba del nombre de ese misterioso pariente de mis interlocutores actuales, que me había sorprendido en pleno vuelo, hacía casi un año, con sus interrogantes y sabiduría en la ahora distante playa de Mirasol, en Algarrobo... no se lo pregunté

jamás. En verdad, no tuvimos tiempo para esas presentaciones formales que acostumbramos en nuestra pomposa sociedad. Simplemente había hablado con él como se hace con un buen amigo al que se conoce desde hace muchísimo tiempo. Tal vez no importaban demasiado en realidad esas clase de rituales, menos en tales circunstancias...

—En efecto soy ese extraño que mencionan. El que conversó en el norte con vuestro primo. Estoy viviendo por estos dominios hace ya unos meses... siempre había querido regresar al sur y hubo un momento en que no lo creí ya posible luego de tantos años habitando el mundo cerca del lugar donde vuela Nicodemus, pero, sin embargo, aquí estoy. Sí... es un hermoso lugar para vivir y la frustración de no poder volar ahora se extingue un poco de solo mirar este escenario al atardecer —señalé a las ágiles aves otra vez cual si conversara con antiguos conocidos—. Mi experiencia en pleno vuelo de aquella época, en Algarrobo, cuando conocí a vuestro primo, el cernícalo regañón y, sin embargo muy sabio, me facilitaba ahora el diálogo silencioso con sus parientes.

—Pero, tranquilízate —dijo Franco mientras pasaba raudo con el viento a su favor, hacia mi derecha—. Si te sirve de algún consuelo, tal vez no quisieras estar en este momento aquí, junto a nosotros... he visto algunos de tu tribu en apuros

graves por intentar cosas que van más allá de sus limitaciones que, en esto, si me permites decirlo, son bastante severas... y muchos parecen desconocerlas o, peor, desafiarlas de manera completamente insolente y, por decir lo menos, ¡innecesaria! El viento está en verdad recio: ¡observa!...

Franco, girando súbito hacia izquierda, desplegó levemente sus alas y en cosa de segundos se elevó más de treinta metros sobre la verde ladera frente al mar, transformándose casi en un punto dorado para luego, al plegarlas con exquisita pericia, dejarse caer hasta mi posición como un verdadero proyectil plumado, deteniéndose otra vez muy cerca de mí con un brusco movimiento de su cola y sus alas, entonces transformadas por milagro en el flap más dúctil que un piloto pudiera imaginar.

— ¿Ves?, dijo, mientras un destello de inteligencia brillaba en sus ojos profundos, está muy fuerte... hasta para nosotros resulta complicado dominarlo agregó con modestia, mientras giraba suave en dirección al sol que iniciaba su declinación sobre el horizonte.

— Sí, amigo, lo presiento, aun cuando no creo en tu modestia... es demasiado perfecto tu vuelo para que te envuelvas en ella. He medido el viento todo el día con mi pequeño anemómetro y para nosotros los humanos, no es aún posible —indiqué con resignación. —Mira esa veleta de papel que puse sobre

ese arbusto, tras tu cola: está como petrificada en dirección a mí, desde que llegué... debe tener una intensidad de al menos 27 kilómetros por hora... ni pensar en un posible despegue... sería en cambio un seguro “aporrizaje” de los que con certeza has visto, como mencionas. Este será, como te dije y de seguro, otro día sin volar...

— No te comprendemos — señaló de inmediato Norbel —. Tú parece entender lo que el vuelo significa en realidad, con alguna profundidad mayor que algunos de tus semejantes que hemos visto por aquí, paseándose con insolencia; luciendo sus coloridos buzos, sus instrumentos sofisticados... Puedes conversar con nosotros, por ejemplo. ¿No crees que volar es una actitud de la mente, más que un hecho concreto? ¿Por qué te deprimes, entonces, si puedes volar cada vez que lo desees, sin consideración al viento?

— Algunos ancestros nuestros, nos han referido historias de seres como tú, que por lo demás, así lo demuestran — agregó presto Franco, mientras observaba con detenimiento algún punto hacia debajo de la ladera, precisamente cerca de un grupo compacto de arbustos de murtillas que crecían al resguardo de un pequeño árbol —. Tengo entendido que hubo entre los humanos por ejemplo, un tal Da Vinci, creo, que habría dejado escritas cosas que lo demostrarían — continuó sin dejar de

mirar fijamente hacia ese punto — ¿Es así?; ¿existió tal persona realmente? — insistió dejando caer su mirada profunda sobre mi frente.

— Sí, sí,... por supuesto — respondí al instante, mientras acomodaba mi cuerpo de costado en el mullido pasto sobre el que me encontraba. — Fue un notable sabio de un período de la historia humana que se denomina Renacimiento. Entre muchas otras cosas, diseñó artefactos que según sus cálculos podrían volar... — recordé enseguida unas frases notables que, efectivamente, constituían argumento irrefutable frente a lo que mis amigos me habían dicho, y repetí en voz baja casi como una reflexión interna — ... porque una vez que hayas probado el vuelo, caminarás con la mirada hacia el cielo, porque ya has estado allí y quieres regresar...

— ¡Eso es!... ¡esas son las palabras que habían llegado hasta nosotros! — señaló con entusiasmo Norbel, posándose unos instantes en una retorcida y rama alta de un arrayán que crecía a un costado del lugar donde me encontraba sentado y, antes que pudiere argüir nada, agregó:

— Lo ves, eso confirma que el vuelo es siempre una aventura interior. No necesitas ningún aparato para llevarlo a cabo. ¿Acaso ese Da Vinci no era un humano, como tú? ¿Acaso los humanos no piensan igual al respecto, si es tan evidente?

— ¡Ja, Ja, ja...! Perdona, amigo, pero no conoces mucho de humanos — dije sin poder contener la risa.

— Por cierto que ese Da Vinci, como dices, era humano, pero un humano en millones. ¡Era un sabio, un verdadero iluminado! Y, sin dudas, no... no todos los humanos piensan igual al respecto, ni resulta tan evidente para nosotros... ¡es más, son muy, pero muy pocos los que podrían comprender esas ideas!... tú ves,... a mí me cuesta entenderlas, pese a que puedo conversar con ustedes, admirar su vuelo y aceptar mis limitaciones como integrante de la tribu de los hombres — indiqué con una sonrisa, ante la incredulidad de mi plumado interlocutor.

Reflexioné unos instantes, mientras el rumor del mar llegaba hasta mis oídos con perfecta claridad, traído por la fuerte brisa del sur oeste. Es verdad... el único vuelo real es el que hacemos desde nuestro interior; ese que demanda todas las capacidades que la imaginación y la posibilidad de construir sueños nos otorgan y, sin embargo, ejercerlo resulta hasta peligroso en este tiempo agitado y vertiginoso que me ha tocado en suerte vivir. Puede ser la fuente segura del aislamiento, de la marginación social... todos van con una prisa que impide ver cómo nacen los frutos de los árboles, cómo se desplazan las algodonosas nubes en el cielo... todos quieren cosas, muchas cosas... todos pierden su diminuto

espacio de existencia, que no es más que un fotón infinitesimal en medio de la gran luz del Universo, de manera completamente inútil... muy pocos lo utilizan para aprender algo, para colaborar con el invisible río de energía del que formamos parte.

Norbel y Franco volaron en perfecta formación unos instantes sobre mi cabeza, antes que retomáramos la conversación.

—Mmhhhh, ya vemos... eso que estás pensando ahora mismo pudiera entonces explicar algunas cosas que observamos a diario en nuestros paseos por estos dominios — señaló con expresión melancólica Franco, posándose en el mismo arrayán de retorcidas ramas sangrantes, junto a Norbel, que acicalaba delicadamente con su recio y afilado pico una plumas de sus alas mientras al sol del atardecer destacaba su capa de tonos canela.

—Sí, sí... ahora se nos esclarece algo más el panorama, ¿verdad Norbel? — agregó con tono misterioso Franco, mientras dirigía una breve y penetrante mirada a su compañero. Y de inmediato, me espetó una reflexión que me tomó por completa sorpresa:

—En efecto, me parece que es por esas razones que ustedes los humanos pisotean con tanta indolencia este pequeño planeta que habitamos... ¿No es cierto?

La pregunta, era en verdad casi una demanda. Me sentí desafiado a rebatir, a conversar del progreso, de las necesidades de los hombres, de su afán por “desarrollarse”, pero me costó verdadero trabajo... desde hacía ya mucho tiempo, la sencilla observación de mi entorno, me estaba alejando sensiblemente de la trinchera humana. Sin embargo, intenté balbucear...

– Bueno, bueno, no es tan terrible como lo plantean, amigos míos – dije sin mucho convencimiento real y continué con un discurso que en realidad vislumbraba muy complicado de sostener:

– Lo que ocurre es que la inteligencia del hombre lo ha llevado, desde hace mucho tiempo, a luchar porque su vida en este planeta sea lo más adecuada posible; ha debido sortear escollos nada despreciables... grandes desafíos que van desde la forma de producir y extinguir fuego a voluntad, resguardarse de fieras notablemente más preparadas que él para el medio natural, hasta la amenaza de la enfermedad, que en muchas oportunidades diezmó a nuestros antepasados; la revolución industrial, la conquista del espacio exterior, en fin, ha sido realmente un gran triunfo que estemos ahora, ustedes y yo, en mi condición de humano, conversando... no ha sido muy fácil, como ven...

– De acuerdo, de acuerdo extraño volador, pero tal vez no sea un triunfo, como dices, sino más bien

casi una fortuna — adujo Franco. Y prosiguió con seguridad al tiempo que estiraba su cuello, para observar mejor hacia el fondo del valle sobre el que nos encontrábamos—. Tampoco para nosotros es fácil, ni para todos nuestros hermanos en el mundo de la madre naturaleza. Me parece que ellos han pagado un tributo hasta ahora, inconmensurable si lo comparamos con el derrotero de tus congéneres del pasado.

Y en seguida, se unió a sus afirmaciones Norbel, señalando:

— Sí, pues, no olvides que nuestros hermanos han sido asesinados muchas veces sin necesidad alguna, casi por eso que ustedes llaman “placer” o sencillamente por mera prepotencia, a pretexto de necesitar espacio para sus lindas casitas de madera que han reclamado la vida de muchos hermanos árboles, que mueren por millones sin que ustedes puedan escuchar sus horribles lamentos de dolor... tú debes conocer por ejemplo, la historia de nuestro hermoso y corpulento hermano de las otrora grandes praderas, el bisonte, en ese territorio que ustedes llaman Norteamérica... ¿La conoces, verdad?, me interpeló con un destello de profunda inteligencia en su mirada, que impedía toda huída.

— Bueno, este,.... sí, sí, la conozco... también pienso que la forma en que procedieron muchos inmigrantes fue por decir lo menos torpe, mas,

ustedes saben, los hombres que colonizaron el Oeste de Norteamérica tuvieron que soportar también grandes problemas. Fue un proceso bastante duro –índiqué, casi adivinando la observación que vendría.

– Claro, claro, aun cuando todavía resulta complicada la comprensión de la situación que se vivió en ese tiempo – intercedió Franco moviéndose unos centímetros hacia fuera de la rama del arrayán que lo sostenía. Sin embargo lo que en verdad me impacta más, al punto que me parece muy absurda, fue la manera en que tus antepasados humanos, se negaron a compartir la tierra con otros semejantes. Por ciento me parece injustificada la masacre de nuestros hermanos animales... no veo argumento válido alguno para avalar ese crimen, pero se llega al absurdo cuando escuchamos de nuestros ancestros las historias de lo que vieron en tantos lugares del mundo, incluso en este territorio que habitamos tú y nosotros...

Y continuó: ¿No te parece un acto de mezquindad infinita, la manera en que fueron despojados de sus tierras y de su forma de vida, los indios pieles rojas, los del sector austral de la Patagonia aquí en Chile y en Argentina; aquellos de África y, ahora mismo, en esta época en que tú y nosotros vivimos, en todo el sector de la cuenca del gran río Amazonas, desde cuyas enmarañadas comarcas nos llegan sobre ese

problema noticias alarmantes desde un tiempo a esta parte?

Carecía en verdad de argumentos para contradecir lo que mis plumados interlocutores me señalaban... era la desnuda verdad...

Me sentía empequeñecer poco a poco frente a las diminutas aves que me observaban con sus ojos de mirada penetrante y reposada. Estaba completamente desarmado. No tenía ideas suficientes para rebatir sus observaciones y defender con ello a mi especie. Algo comenzaba a diluirse dentro de mi pecho. Una sensación de profunda distancia respecto de mis hermanos humanos comenzaba a apoderarse de mí, en verdad desde hacía mucho tiempo. Ahora sólo operaban algunos refuerzos. Con todo, intenté balbucear:

— Bien,... ejem... en verdad yo comparto con ustedes esas apreciaciones... creo que como especie hemos sido orgullosos, mezquinos y hasta prepotentes en muchos aspectos. Es cierto que la Historia lo demuestra claramente, pero también ha existido seres humanos como el mismo Da Vinci del que hace un rato platicamos, que con su ejemplo de vida han constituido aporte realmente significativo a la evolución de las mejores características y potencialidades de los hombres...

Mis amigos cernícalos intercambiaban miradas y casi creí ver una sonrisa socarrona en Franco mien-

tras escuchaban mi desabrido discurso... sentía que, poco a poco, esta conversación iba transformándose en un monólogo de mis contertulios, ante mi imposibilidad real de rebatir con fe sus denuncias, por demás, totalmente evidentes. Nuestra condición de Caínes estaba largamente demostrada a lo largo del tiempo que habitamos el Planeta que con generosidad nos cobija desde el comienzo de nuestra azarosa historia en el mismo.

—No sé, amigo, pero creo que el futuro es por decir lo menos, complicado —reflexionó serenamente Franco, dirigiendo su mirada hacia el horizonte que se iba tornando cada vez más anaranjado ante la proximidad del beso del sol que, dentro de poco más de una hora, sería ya un hecho. Y prosiguió...

—No sólo para nosotros, que formamos parte de los que ustedes denominan, entiendo, “seres irracionales”, sino también para la especie a la que pertenecen tú y tus hermanos. Es difícil comprender cómo sobreviven en esos lugares que llaman “ciudades”. ¡Son verdaderos laberintos de construcciones que no tienen vida! —sentenció.

Para reforzar, intervino Norbel, con vehemencia:

—¡Cómo han cambiado ustedes el paisaje en tan poco tiempo! Hasta hace sólo dos años nosotros podíamos anidar en los cerros que ves hacia el sur. ¡Ahora ello es imposible! Esos árboles que crecen

tan pulcramente ordenados no sirven para que construyamos nuestras casas. Además cuando los talan la lluvia, que como has de saber abunda en este lugar, se lleva hasta el mar una gran cantidad de la escasa tierra que los sostenía en el cerro... ¡No comprendo tanto desperdicio! ¿Por qué lo hacen? ¿Cuál es el “beneficio” que se logra con ese proceder?

— Por otro lado — prosiguió el ave, tampoco son moradas que puedan habitar los chucaos, nuestros hermanos de canto profundo y estentóreo ¿los has escuchado alguna vez?

No dije nada... sólo recordé mi infancia, en un lugar donde había muchos árboles nativos y ríos claros en cuyas riberas y acompañado de mi padre, escuché muchas veces ese canto que llamaba a misterio.

— Pues ellos también han debido abandonar esos cerros que eran su hogar... ahora son refugiados en otros territorios cada vez más lejanos. El bello y silencioso Pudú, la culebra de cuerpo sinuoso y acerado, el pequeño Chercán y el precioso Martín Pescador, con su abrigo escarlata y gris, todos ellos fueron obligados a buscar otros lugares para vivir, cada vez más lejos, cada vez más diminutos... para qué hablar del destino de nuestros refugios y despensas vegetales, las murtillas, chupones olorosos, los digüeños de rostro salpicado y risueño,

los bellísimos copihues... ¡¡Y sabemos que tus congéneres lo instituyeron como flor símbolo de este territorio!! ¡Quién puede entender, entonces, ese crimen!

Había un tono de absoluta tristeza en las palabras del pequeño Norbel. Yo no pensaba ya en mi torpe frustración por el vuelo fallido. La tarde se había instalado en la jornada y permanecía absorto, golpeado por la certeza absoluta de las palabras de ese hermoso y menudo ser, que resumían una tragedia desatada sólo por nuestra especie, desde hacía muchos siglos, que ahora resultaba imposible no visualizar en toda su espantosa magnitud... en su torva proyección futura.

Intenté argüir:

— Bueno,... este,... yo creo que...

— No digas nada, amigo — interrumpió con sereno timbre Franco, mirándome de hito en hito. Sé que comprendes, como muchos de tu especie. Hemos sabido de humanos que hacen esfuerzos sinceros por compartir el espacio infinitamente pequeño de este planeta con todos nosotros. Sabemos que los animales y vegetales de las selvas e incluso bípedos que no viven en ciudades como tú, tienen entre ustedes sujetos que defienden el derecho a coexistir en armonía, pero nos da la impresión que

hay monstruos más poderosos e insensibles que tornan difícil la comprensión...

—Y que la fuerza y poder de esos monstruos parece, hasta ahora, imposible de doblegar —agregó de inmediato y con voz tenue, el pequeño Norbel.

Pensé en un rápido latigazo de la mente, en el problema serio del calentamiento global del planeta, contra el cual parece lucha perdida batallar, porque hay enormes intereses financieros, en especial de las grandes naciones desarrolladas que se comportan como ávidos monstruos, negándose a aceptar su responsabilidad en el asunto; que no desean hacer nada para evitar las emisiones contaminantes responsables de ese trágico proceso atmosférico y, menos aun, piensan en reconvertir sus procesos productivos para intentar evitar el drama que se cierne sobre todo el mundo, muy en especial sobre sectores del gran Océano Pacífico, como las comunidades que habitan las pequeñas Islas, tan recorridas por los turistas sedientos de sus aguas transparentes, sus arrecifes coralinos y sus cielos prístinos, que están gravemente amenazadas frente al aumento de la temperatura global, que provocará inevitablemente la crecida del nivel de las aguas de los océanos, acarreando literalmente su inundación y la segura emigración de sus habitantes hacia un destino desconocido. ¡Qué está pasando

con nosotros! – medité con profunda decepción. El dinero, el afán de poder, la necesidad de más y más espacio sólo para nosotros, los humanos que hemos copado todos los hábitats, desplazando a los restantes seres hacia una playa de olvido y muerte... ¡Qué hacer!

Mis plumados amigos en esta tarde que se dejaba caer definitivamente, miraban hacia el horizonte, en silenciosa contemplación y casi podía adivinar las imágenes que cruzaban por sus cabezas...

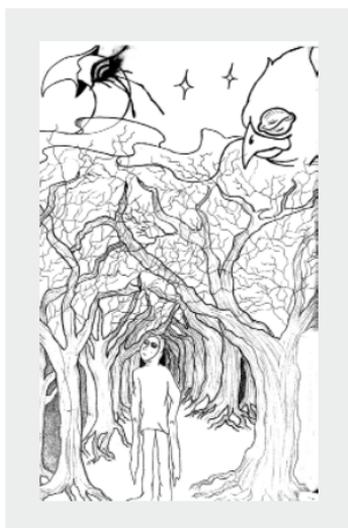
Entonces, alzando el suave vuelo casi al unísono, me dirigieron una mirada que reflejaba una sensación extraña de tristeza y desencanto.

– Ya es hora de regresar a nuestro refugio nocturno. Ha sido un día interesante este que hemos vivido señaló Franco, mientras sostenía su cuerpo estilizado en el éter apacible de la tarde, coloreada con un finísimo polvo de oro.

– Hemos tenido gusto de conocerte y hablar contigo...regresa pronto por estos lugares... tal vez hasta consigas despegar un poco tus pies de la tierra, como gustas... quizá también podamos descubrir juntos alguna solución para la tragedia que tú y nosotros, como todos los animales, sabemos que está ad portas de nuestras existencias – indicó presto con una sonrisa y un destello de inteligencia de sus ojos, Norbel, mientras se ubicaba al lado de su compañero.

— ¡Hasta pronto... que tengas un buen regreso a tu hogar!, me alcanzaron a gritar, mientras yo sólo alcé mi mano contra el sol que comenzaba a ponerse sobre un mar que ahora parecía el resplandeciente espejo que aguardé todo el día para compartir el viento sobre la costra terrestre con mi vela de colores, para decir adiós a los maravillosos pájaros que habían confirmado mi angustia por nuestro futuro en el planeta...

Comencé el descenso desde el magnífico anfiteatro natural al que me había encaramado temprano por la mañana, con profunda lentitud y pesadez en cada paso, con la sensación de algo que se podría en algún lugar indefinido, impregnando todo espacio con un aroma nauseabunda mientras, a lo lejos, al otro lado del mar, en los cerros que resguardaban la bahía del pueblito de Corral, las sombras de la noche próxima se cernían en silencio sobre los pinos y eucaliptus bajo cuyo abrazo silencioso perecieron hace poco, sin batallas ni piedad, los hualles los canelos, los mañíos...



3

Encuentro en Coliumo

El vetusto bus, que alguna vez había sido color amarillo, llegó resoplando lastimosamente hasta el último lugar en que era posible su desplazamiento de lenta tortuga mecanizada. Algunos bruscos barquinazos del armatoste – debido al mal estado del sendero que se adentraba por las últimas lomas que antecedían el borde costero y a las aceleraciones que le imprimía al motor don Luis, el obeso chofer – agitaron a sus ansiosos ocupantes y terminaron de espabilarlos completamente luego del trayecto desde la vecina ciudad de Concepción, que a esas horas de la mañana, seguramente aún no despertaba del sueño dominical...

– ¡Ya muchachos, bajarse todos... no podemos seguir el sendero a bordo! Es preciso que caminemos hasta el despegue, pero no se asusten por favor... sólo son unos doscientos metros de caminata y ¡listo!

La voz entusiasta de Alberto Pablotti, organizador del encuentro de vuelo de ese fin de semana, sonó teñida de alegría dentro del bus, cuyo conductor esperó pacientemente que sus ocupantes descendieran, para intentar acomodar su máquina en un lugar algo más

holgado que el estrecho senderillo de tierra color ladrillo por el que había llegado al lugar.

Hacía más o menos nueve meses que no volaba y, cual si fuera un ave forzada a la superficie de la tierra por alguna enfermedad, ardía en deseos de emprender la aventura del aire. También recordaba que dos años antes, en el mismo sitio al que nos dirigíamos, no había conseguido un vuelo satisfactorio, pese a que Coliumo – nombre de la playa – era realmente un escenario magnífico para la actividad del parapente, de forma tal que tenía motivos suficientes para estar algo impaciente.

– ¡Arriba con ella!... ¡Cuidado con los alambres!...

Néstor, otro de los anfitriones penquistas, luciendo pelo largo y barba al estilo de los hippies de los sesenta, colaboraba con los visitantes en el trayecto al lugar de despegue, alzando las voluminosas mochilas que contenían el equipo de vuelo en un sector de cercos que impedían a los caminantes proseguir con su cargamento a la espalda.

Y por fin, luego de unos diez minutos a paso tranquilo atravesando un senderillo rodeado de altos pinos que despedían su aroma fresco y entre cuyas hojas finas siseaba el viento, llegamos a la pequeña explanada del despegue... Hermoso paisaje. El océano extendido enfrente como

una perfecta sábana azul, la bóveda del cielo completamente despejada, una suave brisa con aroma salino. A lo lejos, el contorno irregular de la Isla Quiriquina, y más al sur, el sector poniente de la gigantesca herradura que permite acceder – volando siempre sobre el mar – al aeropuerto de Concepción, en el cual aterricé muchas veces durante mi corta vida como piloto de aviones... Bello tiempo, pensé, recordando en silencio esa época mientras descargaba trabajosamente la voluminosa mochila... una vela nueva que esperaba volar, por fin, con latitud esa mañana.

– ¡Vamos, vamos, muchachos!... ¡a prepararse! El viento ya está llegando y probablemente esta primera racha no sea muy duradera!... los que quieran volar, desplieguen sus velas en orden!

Rolando Gube, instructor de vuelo santiaguino y, en su oportunidad mi maestro en el vuelo libre, enfundado en su buzo gris y terracota, con el ancho cintillo de lana blanca que lo caracterizaba, caminaba con paso elástico entre los deportistas que se repartían en el breve espacio del despegue, golpeando al tiempo sus palmas para apresurar los preparativos de vuelo de aquellos que parecían más remolones.

Uno de los pilotos de la zona se echó al vuelo con presteza y, luego de observar cuidadosamente la evolución de su maniobra y comprobando que era sustentado con gran facilidad en su vela de color

calipso, acomodé mi magnífica “Independence” de colores rojo y gris; realicé el chequeo previo, calcé mi casco, activé la radio y... luego de un tranquilo inflado... ¡por fin otra vez en vuelo!...

La sensación, como siempre, era realmente exquisita... mi nave deslizaba su delicada estructura con total suavidad, en ascenso por el costado de la abrupta ladera, llevándome sobre los pinos que poblaban la cresta que, como la mandíbula inferior de un gigantesco tiranosaurio enterrada al borde del mar, clausuraba por el norte la extensa playa de Coliumo. La brisa suave de la media mañana refrescaba la sección de mi rostro que estaba libre del casco mientras, al dirigir la vista hacia abajo, apreciaba los febriles preparativos de los restantes pilotos en el área de despegue y la pasividad de los múltiples pescadores aficionados que poblaban la orilla sinuosa de la playa, anclados a la arena con sus cañas dispuestas, como antenas de algún extraño insecto enterrado...

Pronto este espacio hervirá de parapentistas. Mhhh... No me gusta mucho esa abundancia de población en vuelo – me dije en silencio.

– ¡Atentos en el aire!... favor reportar condiciones imperantes... quiero explorar posible vuelo de alumna! – La voz era otra vez de Rolando quien, desde el despegue, solicitaba información a los pilotos en vuelo.

– Rolando... aquí Ariel... Las condiciones son excelentes. Viento laminar muy suave,

salvo sector de cresta norte, que registra alguna turbulencia desagradable...

Solté el botón del aparato que abría el micrófono de mi radio y permitía que los pilotos pudieran escuchar mi voz, llamado "PTT" anclado a mi dedo índice por una cita de "velcro" oscuro para terminar mi comunicación y, de inmediato, recibí el conforme de mi ex instructor, a quién observaba convertido en un pequeño punto en tierra, circulando entre dos o tres velas parcialmente desplegadas en el terreno.

Me dejaba derivar hacia el sur, manteniendo la mayor cercanía posible con la arbolada ladera, cuyos pinos agitaban con suavidad sus copas, mecidas por el viento oeste que ascendía sobre su altura sosteniendo mi viaje...

II

—¡Hey, amigo!... ¿cómo has estado?... no te observaba volando desde hace varios meses... la última, si no me equivoco, fue en Valdivia, hace ya un tiempo atrás, ¿verdad?

El magnífico jote que me dirigía la palabra, estaba a mi derecha, sobre el mar prístino, y volaba a placer con sus largas alas casi completamente desplegadas, lo que me indicó que el viento había

aumentado levemente en altura... Al parecer, habría diversión para un rato largo.

— ¡Hola, maestro de vuelo!... Sí, sí, en efecto, no estaba en este sitio hace largo tiempo y tenía muchas ganas de volar mi nueva vela. ¿Cómo te llamas? No recuerdo haberte visto antes.

— ¡Ah, tu nuevo instrumento de vuelo es muy bello!... pero, en todo caso, debo decirte que el anterior, ese de colores morado y fucsia que usabas, no lo hacía mal. Este, sin embargo, parece más apacible en su planeo... Mi nombre es Pedro... mis congéneres me dicen, sin embargo, “gitano”, porque viajo mucho, ¿sabes? Me gusta recorrer especialmente la Costa, pese a que muchas veces los vientos son más recios que en el interior... aquí, empero, logro bocados mucho más delicados con bastante frecuencia... muy diferentes de esa carroña que habitualmente consumen mis hermanos y que les da una fama muy mal comprendida por ustedes, los humanos. Por eso me gusta el mar...

Y, antes que pudiera intervenir, mientras iniciaba un giro para regresar hacia el norte, contra mi ladera, para alcanzar mayor altitud, mi acompañante prosiguió:

— Como te dije, la última vez que te vi, estabas en San Ignacio, Valdivia. Yo te observaba desde lo alto y tú conversabas muy entusiasmado con mis amigos cernícalos Franco y Norbel. Tal vez no me

viste porque estabas realmente concentrado en tu charla.

— Sí, sí,... recuerdo que esa vez regresé bastante frustrado a mi casa, porque no pude despegar, aunque logré aprender muchas cosas de esas buenas y magníficas aves — respondí a mi interlocutor, mientras terminaba de girar y sentía el aumento de velocidad de mi vela, impulsada por el viento de popa, mientras Pedro, el magnífico jote envuelto en su plumaje negro profundo, sin esfuerzo alguno, mantenía a la perfección su distancia de mi vela e igual curso de vuelo.

— Ahora viajo hacia el norte... mi destino es la playa de Algarrobo, que tú conoces, creo... este viento me resulta muy adecuado y, si se mantiene, me podría hacer llegar por esos lugares, mañana por la mañana... Tal vez hoy logre descansar mis alas en Pichilemu; con algo de fortuna, tal vez en Rocas de Santo Domingo — señaló con voz tranquila, mientras su mirada se perdía en el borde costero hacia la derrota que planeaba seguir. Y agregó: — Voy a visitar a un pariente que está seriamente enfermo. ¿Has oído hablar de Nicodemus, el cernícalo?

— Pero, ¡claro que sí!... es más, se trata de un viejo conocido — señalé con entusiasmo a mi compañero de vuelo y agregué:

— He disfrutado volando en su compañía y, por cierto, también fue el primero de los pájaros con el

cual sostuve una conversación interesante, hace un par de años. Desde ese momento me di cuenta que puedo hablar con ustedes, pero, ¿qué le ha ocurrido a nuestro amigo?, ¿está enfermo? – consulté con impaciencia.

– ¡Oh!, bueno, bueno... nada de eso... es más serio en realidad – replicó Pedro, dirigiéndome una rápida mirada y mientras ejecutábamos con perfecta sincronía, gracias a sus habilidades de vuelo, por cierto, un nuevo giro hacia el sur. Enseguida prosiguió:

– Hace unos días atrás, un humano como tú le disparó con un rifle, sólo por eso que ustedes llaman “diversión”, creo, y dañó de consideración una de sus alas... además, el golpe derivado de su caída posterior, le provocó algunas otras lesiones... tengo entendido que ya lo ha visitado nuestro hermano el Búho, que tiene los conocimientos necesarios para intentar sanarlo... el problema, tú sabes, es que Nicodemus tiene ya bastantes años, de forma que sus lesiones, que en un pájaro joven pudieran ser nada, a él pueden acercarlo a la muerte...

No podía creer lo que estaba escuchando... Esa ave de vuelo magnífico, de la que podemos aprender tanto con la sola observación, en especial aquellos que tenemos amor por el aire... ¡baleado...! ¡sentí un agujonazo terrible en el pecho!. Además,

¡eran tan típicamente humanos los hechos que lo habían afectado!

Intentando salir del estupor y con la imagen de Nicodemus suspendido en el aire de la tarde de Algarrobo, bañado con la luz de oro del ocaso, intenté preguntar...

— ¿Pero, están seguros que ese disparo estaba dirigido a Nicodemus? ¿No sería un lamentable accidente?

Mi compañero de vuelo, miró hacia el horizonte azul, antes de responderme:

— Te comprendo... intentas defender a los de tu especie... todos lo hacemos, creyendo ser lo mejor... pero, en este caso, lamentablemente estamos seguros... el hecho fue visto desde la altura por nuestras hermanas las gaviotas, quienes dieron la voz de alarma cuando Nicodemus cayó, casi en tirabuzón. Ellas fueron las primeras que llegaron a socorrerlo en tierra y fue Karla, la gaviota más anciana de la bandada de Algarrobo y El Quisco, quién ubicó a Marcos, el Búho sabio de esa zona, para que lo fuera a auscultar.

Y, antes que pudiera decir nada, agregó:

— Incluso las gaviotas dijeron que los tiradores gritaron de alegría abrazándose, cuando se dieron cuenta que su proyectil había dado en el blanco... seguramente alabando la puntería del hechor.

¿Sabes? – indicó mi compañero de vuelo mientras me dirigía una penetrante mirada: no comprendo por qué hacen esas cosas tus hermanos de especie, pues nosotros, las aves en general y los que ustedes llaman aves de rapiña y de carroña, les prestamos una colaboración enorme... tal vez no son ustedes capaces de darse cuenta de ello...

“Otra vez estaba atrapado por lo indesmentible”, pensé... Todas las aves con las que me había encontrado, parecían tener una sabiduría absoluta. Ellas visualizaban con total claridad, cosas que a nosotros los humanos, con toda nuestra pretendida y orgullosa inteligencia, parecían resultarnos muy, pero muy crípticas, pese a su elemental simpleza... Intenté balbucear...

–Bueno,... yo estoy muy apenado que Nicodemus haya sido víctima de esos humanos que deshonran nuestra especie... ese amigo es, en verdad, muy sabio y no merecía tal destino... ningún ser que desarrolle su vida en el aire lo merece. Tienes razón, también, en cuanto a que muchos no comprenden y por mera ignorancia destruyen todo aquello que les resulta desconocido o poco familiar... lo he visto muchas veces... y, sin embargo, me parece, amigo, aun cuando resulte difícil de creer, que hay situaciones cambiando a ese respecto. Los niños de este tiempo, parecen entender mejor que los adultos la

importancia y el papel que ustedes juegan en el gran equilibrio, contra el cual hemos hecho tanto en muy poco tiempo nosotros, los hombres adultos... Esa es una esperanza..., si le damos tiempo de germinar....

—Más bien si es que resta aún algo de tiempo para que esa esperanza germine, querrás decir —agregó con seriedad Pedro, iniciando un giro sobre el mar.

Enseguida, luego de dirigir una rápida mirada hacia la superficie del agua, levemente crispada por el viento que seguramente en superficie había aumentado su intensidad, Pedro, el jote magnífico, me llamó intensamente la atención.

—¡Mira!, ¡allá abajo, en el sector donde se forman las olas!... ¿puedes verlos?

—¡Sí, sí, ya los veo! —respondí a mi interlocutor inclinándome hacia la derecha de mi silla de vuelo para tener mejor ángulo de observación... ¡Se ven preciosos... y parecen estar muy contentos!

—Ellos siempre son alegres —acotó Pedro. Son nuestros hermanos los lobos, que viajan también al norte, para llevar a Nicodemus un ungüento especial que se fabrica en el mar, con esencias de algas y que tiene muchos poderes curativos. Esperan que ayude a sanar al viejo Nico —concluyó con satisfacción, sin dejar de mirar las piruetas que hacían los pequeños lobos cuyos cuerpos producían destellos fugaces e intensos, cada vez que rompían

la superficie del mar, como un rápido torpedo, en su viaje al norte.

Y agregó:

—Pero, como seguramente sabrás, cada vez resulta para ellos más difícil producir ese medicamento, porque las algas están desapareciendo aceleradamente en todo el océano. Tus parientes son muy irresponsables y derraman en el agua líquidos pestilentes y venenosos a destajo... ¿sabes el daño terrible que provocan? Nuestros hermanos del mar, en especial los que migran desde muy lejos en el norte, nos han contado cosas monstruosas al respecto.

Pensé un instante, en el trabajo casi utópico, de tantos científicos, escritores y artistas, que han denunciado las brutalidades humanas en contra del planeta... Isaac Asimov, el gran escritor de formación científica, analizó con detalle el problema; Jacques Cousteau pasó toda su existencia en el océano, procurando hacer que los hombres comprendieran... también lo hicieron otros hombres valiosos, como Antoine de Saint Exupèry, el pionero del aire y escritor francés.

Volamos varios minutos recogidos en el silencio de la reflexión, mientras el océano murmuraba su canción lejana y el viento desplazaba mi vela con fuerza y suavidad, permitiéndome ver, hacia el noreste, la hermosa playa de Dichato y las grandes

extensiones de pinos que reemplazaron — con resultados desastrosos por cierto — la flora autóctona en todo la provincia de Arauco y que ahora llenan de dinero desconocidos bolsillos, con pretextos de muy dudosa credibilidad...

Mi compañero en ese vuelo interrumpió el silencio para decirme:

—Ya lo sé... Hay entre ustedes, quienes han comprendido lo importante..., pero tal vez son muy pocos y el tiempo demasiado escaso. Las noticias no son buenas, ¿sabes?... muchos de nuestros hermanos desaparecen para siempre sin que ustedes lo sepan siquiera y, peor, sin que alcancen a comprender que esas extinciones silenciosas, son también un paso seguro hacia el camino de dolor que ustedes deberán afrontar en el futuro relativamente cercano...

— ¡Oh, amigo!... ¡sé que tienes razón!, pero muchos entre nosotros creen todavía que la tierra es muy grande, que los océanos tienen tanta agua, que la atmósfera es enorme... ¡debieran volar!... ¡todos los seres humanos debieran volar alguna vez! Eso, tal vez, les haga cambiar de idea. Yo sé que el tiempo se acaba, pero confío en las generaciones de mis hermanos que por esta época andan a gatas. Creo que ellos serán mejores herederos... tal vez entonces no haya nunca más un Nicodemus herido por “deporte”, tal vez tus amigos los lobos, puedan elaborar tranquilos sus medicamentos de

algas, tal vez de esa manera, la vista desde lugares como este, sea todavía más bella...

Pedro, casi en un murmullo inaudible, cerró el diálogo diciendo sencillamente:

— ¡Que así sea!

Y, luego de unos segundos de vuelo silencioso a mi costado izquierdo, siempre sobre el mar, me dirigió una última mirada, para decirme:

— Bien humano que vuelas: debo proseguir con mi derrota hacia el Norte... quiero llegar pronto a destino. Me detuve sólo porque te alcancé a ver en los preparativos de tu despegue, hace un rato, para saludarte luego de tanto tiempo sin verte... Deseo que los vientos te sean favorables... y a los de esa nueva generación de hombres que has mencionado también. Espero volver a encontrarte bajo este hermoso cielo que aún nos cobija... ¡adiós amigo!

Yo, con la tristeza que me dejaron las noticias que Pedro me había transmitido y la que siempre me provoca ver alejarse a un compañero de vuelo que, como todos los seres plumados sabe qué es realmente volar, solté por unos segundos los conductores de mi vela y le hice señas, mientras el magnífico jote, comenzaba a alejarse sin mover una sola pluma de sus largas alas, al tiempo que le gritaba:

— ¡Adiós, adiós!... ¡llévale al viejo Nico, mi recuerdo, junto al deseo intenso para que recupere

su salud pronto. ¡Dile que espero encontrarlo nuevamente en el aire, cualquier atardecer!...

Lo vi alejarse hasta que no fue sino un pequeño punto oscuro, difícilmente visible contra el cielo azul que nos envolvía y hermanaba.

Mientras, bajo mi nivel de vuelo, varios de los restantes parapentistas reunidos en la cita penquista, se entretenían en lo de siempre... el wing-over, la pirueta sin sentido, la pose para una foto, el aterrizaje arriesgado... extraños lucimientos que sólo denotan una cierta pobreza...

Yo, instalado a 250 metros del suelo, cerré un instante los ojos, me dejé llevar por el viento y vi nuevamente ante mí la magnífica imagen de Nicodemus, el cernícalo, volando raudo en el aire tibio de la tarde, bañado en polvo de oro...



4

Justus, el Pelicano

Los vientos comenzaban por esa fecha, a traer aromas de flores que se abrían a la vida, en el interminable círculo de la existencia...

Era un día a comienzos de septiembre y Ariel Blanco viajaba con destino a Arauco, su tierra natal, resguardada por la otrora hermosa cordillera de Nahuelbuta y había desviado su trayecto en las cercanías de Temuco, bullente ciudad de la novena Región de Chile, para intentar vuelo en el agreste Puerto Saavedra, pueblo costero de la región – famoso desde hace unos años porque en sus playas se había filmado la conocida película chilena “La Frontera” – y que le había sido recomendado por muchos amigos parapentistas de esa zona como muy buen lugar para la práctica... si el tiempo estaba a favor.

Esa mañana, todo le hacía presentir que así sería. La suave brisa que venía del mar, dejaba en el rostro del piloto su carga de breve humedad salina. Ese sabor característico, que le recordaba tantos veranos pasados. Una felicidad especial, irrepetible.

La pequeña explanada que se utilizaba para el despegue, se encontraba completamente solitaria “ ...

muy temprano aún para que lleguen otros aficionados...” —pensó para sus adentros— mientras descargaba del pequeño automóvil la vela y sus demás implementos, para disponerla al vuelo, con la secreta esperanza interior que no aparecieran más personas en el sitio, para disfrutar a plenitud y sin preocupaciones extras.

Desde un pequeño peñasco oscuro ubicado a unos 20 metros de la ubicación de Blanco, hacia el sur, dominando desde su estratégico aposento gran parte de la bahía ubicada más abajo, un hermoso pelícano acicalaba las plumas de su pecho y le dirigía miradas curiosas de cuando en cuando...

II

— ¡Bonita es tu carpa, amigo! ¿Cómo te llamas? ¿De dónde vienes?...

— ¡¡¡Ja, ja, ja,!!!, no es una carpa, como dices...¡es un parapente! Mi instrumento de vuelo, como un avión ¿sabes?, pero no te preocupes... éste no emite ruido alguno. Como tú, lo hago con ayuda del viento... mi nombre es Ariel Blanco, vengo desde Valdivia y viajo hacia el norte. Me detuve por aquí, para volar en este sitio que según me han dicho algunos amigos, es bueno...

Sus diálogos con otras aves, durante el tiempo pasado, habían permitido al piloto acostumbrarse a estas conversaciones silenciosas, de las que siempre había conseguido enseñanzas enormes, de forma que, mientras ordenaba todo para el potencial despegue, se entretuvo conversando con el pelícano.

—Soy parte de la bandada que ves allá abajo, flotando sobre el suave oleaje de la playa —dijo el ave marina, al tiempo que proseguía su acucioso trabajo con las plumas de su cuerpo... y agregó, dándole un vistazo cómplice a Blanco, mientras sostenía la punta de una larga pluma de su ala derecha en su poderoso pico, que actuaba como gigantesca peineta:

—Ellos están muy hambrientos y recuperan fuerzas para zambullirse en busca de sardinas... las vimos en gran cantidad desde lo alto nadando en círculos en esta playa, pero, como venimos desde lejos volando sin descanso, se hace necesario recobrar algo de energía antes de trabajar para comer... ¡Oh, pero que descortés he sido. ¡Discúlpame!, mi nombre es Justus... ¡y es un agrado conocerte!

—No, no... ¡El gusto es todo mío! —repuso Ariel de inmediato. Siempre me agrada conversar con hermanos tuyos... Conozco al viejo cernícalo Nicodemus, de la costa central, en Algarrobo; a Norbel

y Franco, sus primos de Valdivia, en fin, a Pedro, el magnífico jote errante... tam...

— Ah, ¡¡qué bueno!! — interrumpió Justus, agregando enseguida sin dejarlo terminar la frase: — ¡Qué bueno que conozcas a esos hermanos!... ¿supiste que luego de su accidente Nicodemus recuperó, al menos parcialmente, su salud? Y, sin lugar a que Ariel pudiese intervenir, continuó:

— Sí, sí, ¡es muy resistente ese viejo!... claro, es cierto que cuenta hasta hoy con la ayuda de sus familiares, que le proveen alimento cuando no puede salir a volar, en especial durante los días de frío, en el invierno... tú sabes, creo, que es bastante helado en ese lugar..., pero en realidad se encuentra bien...

— ¡Me alegro de escucharlo, amigo!... desde que hablé con Pedro, el jote, mientras volábamos juntos al norte de Tomé hace unos meses, no sabía qué había sido de la salud de mi gran Maestro, el cernícalo Nicodemus... espero visitarlo el próximo verano... confío en que no sea tarde... — intervino el parapentista aprovechando la pausa que hizo el locuaz pelícano.

— ¡Ji, ji, ji,... no debes preocuparte... a todos ya nos resultó claro que será necesario algo más que una tontería irresponsable de tus congéneres, para que Nico ascienda a la etapa siguiente del viaje, ¡Ji, ji,

¡i! – volvió a reír con estridencia el inquieto Justus, mientras desplegabam y batía enérgicamente sus alas al sol de la mañana.

Entretanto, el viento alcanzó la intensidad adecuada de modo que con su vela ordenada; líneas perfectamente desenredadas y casi presta al despegue, Ariel se acercó al borde de la agreste ladera, para medir su velocidad con el pequeño anemómetro mientras podía observar, abajo, el resto de la bandada de Justus, meciéndose en el suave oleaje y preparándose para el banquete de sardinas que les esperaba en total ignorancia, bajo el agua...

Veintiún kilómetros por hora... ¡ideal!, pensó Blanco mientras guardaba el anemómetro al tiempo que abrochaba las múltiples correas que le sujetarían a la silla en vuelo...

– ¡Quiero ver esto, ¡i, ¡i, ¡i!... ¡¡no imagino cómo puedes volar con tanto atavío!! – gritó Justus en medio de su característica risa que resultaba contagiosa, en el momento que inflaba mi vela para iniciar el despegue. Y continuó, al verla ya presurizada:

– ¡Hey! ¡Esas sí son alas!... ¡¡si logras volar en verdad, te acompaño!!

– ¡¡Bueno, te espero entonces!! – dijo Ariel junto con iniciar su breve carrera de despegue.

Ya en el aire, bien sustentado por el consistente viento del oeste contra la escarpada ladera, el pi-

loto vio cómo desplegaba sus alas Justus, abandonando en un segundo su cómodo apostadero pétreo, mientras gritaba a su bandada:

— ¡Miren, miren, hermanos!... ¡¡realmente era cierto lo que nos habían contado nuestros primos que migran desde el lejano norte..., pueden volar con esos coloridos trapos!! Ji, ji, ji... ¡vengan para que lo acompañemos!

— Pues, ya que puede volar, que nos espere un momento. Primero nos alimentaremos y luego, antes de retomar viaje, tal vez hablemos con él — dijo desde abajo un precioso pelícano que, parecía ser el líder y se mecía rítmicamente con el paso de las pequeñas olas que, con dificultad, llegaban a la orilla para morir convertidas en blanca espuma...

— ¡Je, je, je,... es el sabio Jaime... nuestro líder de bandada! Dirige este viaje nuestro desde hace ya diez temporadas... ¡¡vuela de maravilla!! — indicó Justus a Ariel, ya establecido en el vuelo a su lado, con las alas perfectamente extendidas y su cabeza erguida, que hacía ver su poderoso pico como la gruesa antena de comunicaciones de un avión moderno.

— Oh,... ya veo — señaló Blanco contestando. ¿Hacia dónde se dirigen?

— Pues vamos, como todos los años, al encuentro de nuestros primos, hermanos y otros parientes lejanos, que llegan desde Octubre y hasta bien en-

trado el verano al Golfo de Arauco —explicó Justus mientras invitaba a regresar a su compañero de vuelo con un amplio giro sobre el mar. Y continuó de inmediato, porque palabras no le faltaban a este pájaro...

— ¿Sabes?, nos gusta mucho esta reunión, porque nuestros parientes nos traen gran cantidad de novedades de su larguísimo vuelo que comienza para algunos en un lugar llamado Alaska... ¿has oído hablar de él?... —Pero, antes que Ariel alcanzara a balbucear nada, el locuaz pelícano, prosiguió:

—Ellos hacen varias escalas, en la costa de San Francisco y California o en el Gran Lago Salado, todo en Estados Unidos, como sabrás, me imagino —parloteaba, al tiempo que dirigía hacia Blanco unas miradas inteligentes. En ese lago, muchos hacen lo que nosotros en este lugar: recuperar energías. ¿Sabes?, ellos nos describen algunos manjares de los que se alimentan hasta quedar ahitos y que nosotros no conocemos, como las artemias salinas, efémeras de agua, moscas de agua y otros sumamente exóticos... ¡mhhhh!... ¡¡deben ser sabrosos!! ¡Ah...! y para qué hablar de las historias que nos cuentan de su enorme travesía... no olvides que deben cruzar a lo largo de toda América, aprovechando los vientos costeros para arribar a este, para ellos, lejano paraje... muchos de ellos nos permiten conocer, sin que tengamos que ir, lugares

hermosos como las selvas de América Central, con sus extraños congéneres, como los tucanes coloridos, el quetzal, pariente que tiene las vestiduras más hermosas de la naturaleza... o el altiplano de Chile, Perú y Bolivia, donde nuestros primos lejanos, los zarapitos, por ejemplo, hacen su última pausa, antes de continuar por la costa de Chile hacia el sur y comparten con nuestros parientes, las bellas parinas de estilizadas extremidades rojizas, tan conocidas en el soleado norte...

Aprovechando de inmediato una nueva pausa de mi conversador amigo, indiqué:

—Sí, sí, por cierto que he oído hablar de Alaska y esa maravillosa migración que concluye en el Golfo de Arauco... ¿sabes?, yo mismo viajo hacia ese destino ahora... espero llegar mañana, porque tengo unos tíos muy queridos en esa ciudad, en cuya interminable playa reposan tus parientes de vuelan desde tan lejanas tierras, como has dicho. ¡Ahora me explico la enorme cantidad de aves que he visto en ese lugar en tantos atardeceres y desde que era un niño!

Y, entusiasmado con las añoranzas, proseguí:

—Ahora que lo dices, recuerdo muchas aves, de distintos tipos, volando en los acantilados que resguardan Tubul y Punta Lavapié... cuando tenía unos siete u ocho años y viajábamos por un camino serpenteante, de ripio, a buscar los magníficos mariscos que había en esa caleta.

— ¡Claro que sí!... nuestros antepasados nos cuentan que esos frutos del mar eran muy sabrosos... el más anciano de nuestra bandada, que partió hacia otra realidad hace ya diez años y que guió el viaje de nuestro clan durante los años sesenta, nos relataba que, por aquellos tiempos, con sus hermanos comían allí unos pejerreyes preciosos... hoy no queda mucho lamentablemente — repuso Justus, y en su mirada se reflejaba una extraña angustia —. Fíjate que el alimento escasea más y más... nuestros visitantes tienen problemas para saciar su hambre... algunos de nuestros parientes ya no siguen esta misma ruta migratoria y se desvían hacia otros lugares, más acogedores en ese aspecto y por eso, no podemos verlos hace ya mucho tiempo...

Había un dejo de incertidumbre y tristeza en la voz del pelícano.

Mientras ambos se dejaban llevar por el viento, en su plácido vuelo, Ariel observó que los compañeros de bandada de Justus, guiados por el viejo y espléndido pájaro que era Jaime, despegaba de la superficie del mar y, girando en círculos sobre un lugar previamente escogido, comenzaban a lanzarse en clavado, estirando sus largas alas contra el costado de sus cuerpos, que entonces se transformaban en robustas lanzas plumíferas para buscar, en algunos casos más allá de dos o tres metros de profundidad, el alimento que les proveería la energía necesaria para reemprender su viaje.

—Discúlpame unos momentos —dijo Justus al tiempo que iniciaba un elegante viraje de descuelgue en dirección a sus compañeros... ¡Voy a tomar mi porción de peces para seguir el vuelo más tarde! —indicó, mientras su giro se transformaba ya en un decidido picado hacia sus hermanos de viaje, que estaban dándose un festín reflejado en las múltiples columnas de agua que salpicaban la superficie del mar en el sector sobrevolado por las magníficas aves, mientras bajo la superficie yo adivinaba la huída enloquecida de sus presas que pugnaban por escaparse de las estocadas mortales que herían el agua por doquier.

—¡Adelante amigo!... ve con los tuyos... yo seguiré derivando con este magnífico viento... está muy agradable aún —contesté, mientras lo observaba imitar a su bandada y sumergirse en busca de los succulentos peces, ciento cincuenta metros bajo mi nivel de vuelo.

Transcurrió algo más de una hora... era casi el mediodía, cuando la bandada de pelícanos tomó altura y se ubicó muy cerca del derrotero de Ariel Blanco, en el sólido viento costero.

Justus, ubicado al inicio de una de las puntas de flecha que la bandada había diseñado para su vuelo en formación, como es costumbre en esas aves marinas, lo que les facilita enormemente su accionar en el aire y les permite ahorrar mucha energía en

sus largas travesías, se alejó de su posición unos metros y le guiñó un ojo diciéndole:

— Ya partimos, amigo... ¡el día está magnífico para el vuelo y debemos aprovecharlo! Jaime dice que podremos llegar casi al anochecer a nuestro destino, siguiendo las corrientes de viento sobre la superficie de las suaves olas. ¡¡Todos ansiamos la espera de nuestras visitas anuales. Seguramente veremos esta temporada muchos nuevos ahijados!!

Y agregó, antes que la bandada pasara completamente por uno de los costados del parapentista, dejándolo atrás en su vuelo señorial:

— Me encargó Jaime te dijera que nos gustaría verte en Arauco, cualquier tarde, hasta antes de finalizar el verano. Te presentaremos a nuestros parientes extranjeros. Debes hablar otros idiomas y ser caballero, para que no provoques mala impresión... ¡¡¡¡, ¡¡, ¡¡!! — terminó con su risa contagiosa, mientras batía un par de veces sus largas alas, poniéndose de inmediato delante de mi vela, en pos de su bandada.

— Será un agrado compartir el cielo con ellos, amigo mío... ¡estaré en esa playa para conocerlos!

— respondió Ariel con sincero entusiasmo, antes que el grupo de pelícanos iniciara su alejamiento.

— ¡Bien, bien!!... entonces... ¡hasta la vista! Por cierto... Jaime también dijo que deberías aprender a volar a ras de agua, como nosotros... tú no sabes

la energía que podrías ahorrar... ¡ji,ji,ji!... — terminó Justus con su inconfundible risilla, ya casi alcanzando el vuelo de sus compañeros.

Blanco iba a responderle que sería muy difícil para los humanos semejante estrategia de vuelo...

Jamás podremos desplazarnos como los bellos pelícanos... —pensó— mientras el viento seguía acunándolo en su desplazamiento por el borde costero. Pero guardó estas cavilaciones para sí y se limitó a proseguir su derrota, agitando uno de sus brazos al viento, para despedirse de la bandada, que comenzaba lentamente a desaparecer, tragada como por encanto, por el azul del mar que se fundía con el cielo en algún punto del infinito horizonte...

Carlos, el Milano Bailarín

*D*esde la amplia plataforma de madera, emplazada cual enorme hongo “oreja de palo”, que algunos aficionados al vuelo en parapente habían construido al borde del despeñadero, a media falda de uno de los cerros ubicados al norte de Batuco, el pequeño pueblo campesino ubicado hacia el norte del gran Santiago, observaba el amplio espacio abierto delante de mí y hacia abajo... en pocos momentos más tal vez podría despegar, para hacer compañía a mis amigos que disfrutaban ya, de varios minutos del vuelo y se desplazaban, sustentados por sus velas multicolores, envueltos en el silencio del viento cálido, que a esa hora soplaba con fuerza contra la amplia falda del cerro.

La extraña luz de media tarde que cruzaba con dificultad la cortina de polvillo y humo proveniente de la gran ciudad, inundaba plenamente el aire del amplio valle abierto desde mi posición hacia el norte y confería al ambiente un color misterioso, invitando más a la contemplación pasiva que a la acción del vuelo...

II

El hermoso milano bailarín que había visto en mi ascenso a pie hasta el lugar de despegue, algunos minutos antes, se ubicó una decena de metros a mi derecha, sobre la extensión de la falda del cerro, que en ese lugar estaba poblada de pequeños arbustos y rocas que, formando múltiples oquedades, constituían un excelente laberinto de escondite para inquietas lagartijas coloridas que, de cuando en cuando, se asomaban con timidez y previa observación nerviosa en todas direcciones, para reposar todo lo posible sobre las cálidas piedras, contribuyendo con ello a regular su temperatura interna, para desaparecer luego en sus escondrijos, como tragadas por un sombrero de mago, a la menor señal de peligro y, ciertamente, el precioso pájaro de rapiña que sobrevolaba con maestría el lugar, era una de tales amenazas...

— ¡Hola, amigo!... soy Ariel,... ¿Cómo te llamas?; ¿vives por estos resecos lugares o sólo andas de visita? — dije, para intentar la conversación...

Mientras giraba prestamente su elegante cuello, mirándome de hito en hito con sus penetrantes y grandes ojos, el milano, luego de acercarse un par de metros hacia la gran tarima en que me encontraba sentado, me respondió:

— ¡Hola bípedo!... Me llamo Carlos y vivo en el lugar que ustedes llaman Til-Til, un poco al norte de este sitio... Estoy de visita por estos lugares, porque los aguiluchos que ves volando a tu izquierda, junto a tus congéneres de los trapos coloridos, nos avisaron que han vuelto a abundar en este sitio, unos ratones de cuerpo rechoncho y larguísima cola, que nos gustan mucho. ¿Sabes?, esos hermanos mayores son muy generosos y, siempre que hay comida en abundancia en sus dominios, envían noticias a los sectores en que saben está escaseando el alimento... nuestras redes de comunicación y solidaridad funcionan muy eficazmente —repuso con una sonrisa distendida. Y, sin darme tiempo para intervenir, continuó:

—Hace unos minutos, cuando te vi subiendo hasta aquí con tu aparatosa mochila gris, Conrado, el jefe de la bandada de aguiluchos de este lugar..., sí, sí, los mismos que ahora ves revoloteando allá en lo alto, junto a tus camaradas, me indicó que precisamente en este sitio donde ahora estoy observando, había apreciado el desplazamiento de dos de esos roedores... y... ¡espero encontrarlos!..., ¡jui, jui, jui! —rió con fuerza contenida, al tiempo que me guiñaba uno de sus ojos que brilló con un destello de inteligencia.

—Sí, claro, me di cuenta que observabas agudamente hacia un sector sobre el cual sostenías

vuelo estacionario... ¿cansa mucho mantenerse de esa manera en el aire? – pregunté con interés de piloto, al tiempo que desabrochaba un botón de mi camisa, permitiendo que la cálida brisa entrara por mi cuello hacia el pecho, dejándome en la piel una sensación muy agradable.

– ¡Oh, no, no!... ¡nada de eso, amigo! Es cosa muy sencilla y muy útil para nosotros, ¿sabes? Nos permite un barrido visual muy profundo, amplio y tranquilo de la superficie de la tierra y, junto a ello, podemos desplazarnos a una velocidad que casi ninguna carrera de escape puede contrarrestar,... y ¡con muchísimo silencio, jui, jui, jui!, volvió a reír mi conversador amigo, con su cómico timbre de voz.

– Estoy muy interesado en obtener uno de esos ratoncillos – prosiguió con genuino entusiasmo, porque debo regresar antes que se haga de noche a mi nido... allí me espera mi compañera... ¿Sabes?, ella es muy plumirosa... ustedes dirían “hermosa”, por lo que entiendo... y cuida en estos momentos a nuestros dos polluelos – agregó el ágil milano, con un tono de inconfundible satisfacción, alejándose de mí para situarse otra vez sobre su punto de vigilancia anterior.

Y, rápidamente, continuó:

– Uno solo de estos animalillos, provee alimento suficiente para nuestros hijos, que crecen con gran

velocidad, durante dos días y.... ¡pufff!... ¡Tú no podrías imaginar cómo reclaman cuando no llegamos con sus raciones de alimento en las horas respectivas! Son muy glotones –concluyó con una sonrisa.

–¡Qué bien, Carlos... tienes una familia! –señalé con alegría a mi interlocutor, ya casi desligado del ansia de volar en esa tarde y estirado parcialmente sobre las tablas de la rampa, apoyando mi espalda en una roca plana que sobresalía desde el borde del cerro, decidido a proseguir el diálogo con mi plumado contertulio.

–¿Te falta mucho para que inicies el proceso de enseñarles a volar a tus hijos? –agregué con curiosidad.

–¡Oh no, mi amigo... tal vez dentro de un mes ya será tiempo que mis hijos abandonen el nido ubicado en un hueco alto de un tronco de un vetusto pimiento, para su primer vuelo!

Y, con una expresión algo inquieta, continuó:

–Pero, sin embargo, estoy un tanto preocupado... Mhhhh, bueno... tú vuelas, claro, de manera algo “diferente” a nosotros, pero sabrás lo complicado que es el inicio... Nunca se puede estar seguro de haber enseñado lo suficientemente bien... Además, es la primera vez que debo enseñar... –balbuceó con inquietud.

Yo pensé unos minutos y recordé mis propios vuelos iniciales; la época en que enseñaba a pilotar aviones, el nerviosismo de mis alumnos en los primeros aterrizajes o su afán por intentar recordar todos los pasos en la secuencia de cada procedimiento y continué el diálogo:

— ¡Pues claro que sí, Carlos!... ¿Sabes?... Algún tiempo atrás, colaboré para que otros como yo alcanzaran esta nueva perspectiva y me consta que es difícil ese primer paso, pero —agregué con calma, tus hijos tienen el vuelo incorporado a sus almas... esa es nuestra diferencia esencial... ¡¡no costará nada que se lancen al aire, lo sé con total certeza!!... ¡no debes preocuparte por esa etapa, te lo aseguro!

—Oh, amigo mío, ¡espero que sea tal! —arguyó el precioso milano cuyo blanco plumaje se tornaba lentamente color oro viejo con la luz de la tarde que comenzaba a declinar —mientras permanecía posado en la rama más alta de un arbusto reseco, que crecía perpendicular al cerro, extendiendo sus ramas hacia lo alto en una grácil curva de vida.

El magnífico rapaz miraba con gesto nervioso hacia los intersticios que formaban las rocas del lugar, cerro abajo, y antes que se hiciera más silencio, le dije:

—Carlos, amigo, qué bueno que a ustedes les provean buen alimento esos roedores que me has descrito, porque..., debo contarte que... a nosotros

los bípedos, como nos has apelado, nos causan muchísimos problemas... ¡graves problemas! Es más,... hasta pueden acarrearos la muerte...

— ¡Jui, jui, jui! — rió con fuerza el milano y, con gesto de incredulidad me interpeló:

— ¡Ja!... Me parece que exageras un poco... No creo posible que un bicho tan pequeño para ustedes y que vive normalmente lejos de vuestras ruidosas ciudades, porque es muy diferente del ratón que he visto en ellas en las escasas ocasiones que he volado por esos lugares, pueda ocasionar... ¡daño semejante!... ¿Cómo es eso que puede matar a tus hermanos?... No, no, no... ¡sencillamente no lo entiendo!

— Verás, Carlos — dije con tono algo doctoral, intentando explicarle al incrédulo milano —: A ese pequeño roedor que tú acechas desde hace un rato, más bien a los productos de desecho de su metabolismo corporal, se encuentra asociado un virus, que es un ser infinitamente pequeño, tanto que ni siquiera tú, con tu poderosa vista, podrías observarlo. Entre nosotros, los humanos que se ocupan de investigar las enfermedades, bautizaron a ese virus con el nombre de Hanta y, puedo asegurarte, que es muy dañino... ya ha causado gran cantidad de víctimas en muchos sectores rurales del país... ¡En verdad es muy peligroso! — insistí a Carlos.

Mi interlocutor, no dejaba de escrutar mi rostro mientras le hablaba, aún incrédulo ante mis palabras.

—No puedo negar que esto es nuevo para mí... ¡Cómo es posible que un ser invisible tenga la capacidad de... matar a un ser tan grande como ustedes... ¡me cuesta comprenderlo! —señaló, mientras movía su cabeza de lado a lado.

—Bueno, amigo mío, es tal como te lo digo... La batalla que el hombre ha dado contra esos invisibles habitantes de la tierra, es muy larga y ha existido congéneres que merecen todo nuestro reconocimiento y gratitud... Su trabajo ha permitido que podamos librarnos de enfermedades que, hace muchos años, fueron responsables de la muerte de miles de personas...

El milano batió unos segundos sus alas, como un deportista que se apresta a la competencia, antes de acomodarlas contra su estilizado cuerpo y decirme:

—No sabía que resultásemos tan útiles a tus hermanos sólo por el hecho que esos ratones de larga cola formen una parte muy importante de nuestra dieta... En todo caso —agregó con tono reflexivo— me parece muy hermoso que podamos ayudarles. Tal vez de esa manera tus hermanos puedan comprender mejor la magia de los delicados equilibrios que nuestra madre Naturaleza ha organizado para que todos podamos existir en este Planeta... ¡Hasta

podrían ayudar a cuidar nuestros nidos y los de otras aves como las lechuzas blancas, que también se valen de esos ratones para alimentarse!

Y, antes que pudiera replicar, señaló con entusiasmo:

— ¡Les diré a esos hermanos que ustedes tienen gran interés en cuidarlos, para que les ayuden a controlar a esos roedores!... ¡Van a ponerse muy contentos!...

— Así lo espero, amigo — apunté como respuesta — mientras dirigía una mirada al vuelo silencioso de mis camaradas y parte de la bandada de aguiluchos, que giraban en el sinuoso curso invisible de una corriente térmica, muy por sobre los coloridos parapentes de aquéllos... Así lo espero — repetí en un murmullo.

— Bien, bien,... me prepararé para un último patrullaje... Si no encuentro a esos roedores pronto, deberé volar con suma urgencia hasta esos cerros que ves allá, en el poniente, antes que el sol desaparezca... Cuando venía hasta aquí, descubrí en ese sector, un árbol que se podría, en cuyo interior divisé unas jugosas orugas que pudieran servir como sustituto alimenticio para mis hijos... al menos hasta mañana... Como te dije antes, ¡no puedo llegar sin alimento a mi hogar! — indicó el Milano que, junto con dirigirme una rápida mirada, alzó suavemente el vuelo y se puso a unos veinte

metros del suelo, justo sobre los arbustos donde lo había descubierto un rato antes, cuando habíamos iniciado la conversación. Su cuerpo liviano estaba cada vez más teñido de un tono dorado. El sol comenzaba a esconder sus rayos tras los cerros del poniente...

Me disponía a contestarle, cuando lo vi iniciar el rápido movimiento de sus alas que nos ha servido a los humanos para darle su nombre, dejándolo prácticamente “colgado” del aire y, luego de unos breves segundos, deslizarse en un picado violento, que lo escondió de mi vista con suma rapidez, en medio de los arbustos retorcidos y las rocas del lugar sobre el cual estaba volando. Me levanté rápidamente con el objeto de observar mejor el drama de vida y muerte que —lo adivinaba— estaba ocurriendo sólo a unos metros de mi cómoda ubicación.

— ¡Hey, amigo!... ¿encontraste algo?, pregunté con inquietud.

— Sí, sí... afortunadamente no he perdido aún mis destrezas... ya casi lo he podido acomodar bien en mis garras... un momento, ya te digo... — contestó Carlos mientras movía sus estilizadas y sin embargo poderosas patas sobre el escabroso terreno, como si estuviese pisando algo muy delicado. — ¡Ufff!... Tal parece que podré ahorrarme un viaje expreso hasta ese tronco, amigo — agregó

unos momentos después, preparándose para alzar el vuelo.

— ¡Oh, Carlos!... ¡Me alegro mucho por tu compañera y tus hijos! ¡Estarán muy contentos y orgullosos de tu calidad como cazador eficiente! — dije, mientras el precioso pájaro comenzaba con dificultad su vuelo... En sus agudas garras, fuertemente atrapado, un roedor de cuerpo peludo y larga cola colgaba exánime.

— Ya voy de regreso, amigo,... ¡puf!... Cuesta un poco estabilizar el vuelo con este lastre, pero una vez que alcance la altitud de las corrientes de viento favorable... ¡mi camino hasta casa será un paseo! — dijo mi conversador interlocutor, mientras pasaba frente a mí, elevándose con pericia al tiempo que retenía con seguridad su preciosa carga de alimento. Y, antes de comenzar a perderse contra el sol poniente, alcanzó a despedirse:

— ¡Nos vemos, Ariel!... tal vez en unos meses puedas conocer a mis hijos... pienso traerlos para que vuelen en este lugar y conozcan a nuestros hermanos aguiluchos... ¡Tendremos gusto de hablar otra vez contigo!

— ¡Sería muy hermoso!... ¡Que regreses bien a tu hogar!... ¡Ya nos encontraremos nuevamente!... ¡Adiós! — grité, mientras agitaba mi mano contra los últimos rayos de sol que, como largas espinas

anaranjadas, herían el cielo y le indicaban a Carlos su derrota hacia un nido cálido ubicado en lo alto de un viejo pimiento...

Encuentro en el Golfo de Arauco

El rumor permanente y armoniosamente dulce del océano, llegaba hasta mis oídos como el bajo continuo de un concierto de cámara, mientras me acercaba a paso lento a la orilla, en la cual breves y persistentes olas llegaban a descargar la espuma de su sed.

La tarde comenzaba a esas horas a teñir de rojo intenso el cielo sobre el amplio Golfo de Arauco y la visibilidad era tan poderosa, que podía abarcar con la mirada, por oeste, hasta Punta Lavapié y hacia el noreste, hasta el mismo Laraquete, otro de los balnearios de mi niñez. Al norte, el borde irregular de la Isla Santa María, contribuía a completar un panorama de visión que era — por sí mismo — un gigantesco cofre de recuerdos de mi lejana infancia. Muchos veranos habían visto mi figura de niño esmirriado y curioso en esa amplia playa, buscando piedras, plumas y caracolas sin descanso en la maravillosa soledad de su extensión.

En el cielo ensangrentado, una enorme nube conformada por cientos de plumíferos bailarines giraba en amplio círculo, cual si estuvieran completando un ritual “... sí, sí, tal como en el Arauco de

1965 ó 1966...” pensé mientras observaba, con la misma curiosidad y embriaguez de aquella época, la danza de los pájaros, armonizada con sus mil voces diferentes, que poco a poco, iban acallándose ante la inminencia de la noche.

En algún lugar deben encontrarse Justus y su bandada, barrunté en voz baja. Mañana será oportuno venir temprano para conversar con ellos y sus parientes, me dije en silencio, mientras continuaba observando los círculos gigantescos que las aves describían con precisión en el cielo, en su estudiado paseo vespertino previo al sueño.

Tendido en la arena rubia de la interminable playa de Arauco, mi playa de infancia que comenzaba a enfriarse rápidamente, pensé largamente en el tiempo transcurrido hasta ese momento en mi existencia. Parecía tan breve y, sin embargo, había cruzado ya varias décadas de mi tiempo vital y dejado en ellas sus inevitables consecuencias...

II

La mañana había roto con fuerza la penumbra del amanecer y extendía sus espadas luminosas sobre la amplia explanada de la playa a mi espalda, mientras caminaba por la arena blanda en direc-

ción al nuevo muelle de la caleta de pescadores de Tubul, el pequeño caserío de gente de mar que, desde aquellos días lejanos de infancia, conserva su rostro de profunda pobreza que nada — ni siquiera el nuevo muelle construido — logra ocultar. Iba a buscar a mis amigos los pelícanos.

— ¡¡Hola, Justus!! ¿Cuándo llegaron? ¿Tuvieron un buen viaje? — grité en voz alta a mi amigo en cuanto lo divisé encaramado en la proa de una lancha pesquera, que cabeceaba suave y monótonamente mecida por las amplias ondas del mar, mientras agitaba mis brazos para que pudiera verme.

El alegre pelícano, giró su cabeza y de inmediato alzó el vuelo para llegar a mi lado, apenas en un batir de alas, en la húmeda arena de la orilla de la playa.

— ¡Qué tal, Ariel! ¡Es una alegría que hayas venido!... Sí, sí, tuvimos un buen viaje, algo retrasado en realidad porque el viento, a la cuadra de la Isla Mocha, nos jugó una mala pasada y debimos pernoctar cerca de Cañete, lo que no estaba contemplado en el plan original, pero así es el vuelo sobre el océano... ya estamos acostumbrados a esos cambios. Arribamos ayer por la tarde... creí verte cuando nos preparábamos para pernoctar en nuestro sitio de todos los años y llegábamos vo-

lando apenas sobre las suaves olas de la tarde. Ibas de regreso, con tus manos en los bolsillos de una parka azul. ¿Eras tú? —concluyó el locuaz pájaro mientras daba unos pasos torpes sobre la arena y estiraba su largo cuello, como si pretendiese atrapar al vuelo algún invisible pez.

—Sí, amigo, era yo mismo que, luego de haber arribado a Arauco y saludado a mis parientes, vine a la playa a presenciar el atardecer. Me gusta mucho hacerlo, desde niño —respondí mientras me sentaba en la arena aún fría de la mañana.

Justus, alcanzándome con su paso bamboleante, se ubicó a mi lado y continuó su conversación.

—Bueno, bueno ¡Hoy te presentaré a mis parientes, tal como te prometí cuando nos conocimos!, aunque estamos un tanto preocupados en la bandada, porque algunos de esos hermanos no han llegado aún y en años anteriores siempre habían arribado antes que nosotros... al menos un par de días —indicó Justus con un claro tono de preocupación en su voz.

Intenté tranquilizarlo, diciéndole:

—Pero, ¡vamos, amigo!, no deben asustarse aún. Tú mismo acabas de señalarme que los planes de vuelo en estas travesías suelen presentar contratiempos, situaciones imponderables. En fin, yo creo que llegarán muy pronto... ¡Tal vez hoy mismo!

— Oh sí sí, es cierto lo que te dije — continuó Justus mientras echaba su cuerpo en la arena, como a un metro de mi ubicación— pero estos parientes, a diferencia nuestra, vuelan algo al interior de la costa... Al menos desde que comienzan su último tramo en la migración, que parte en América Central. Aprovechan maravillosamente las altas corrientes de viento que soplan sobre el continente, que se potencian mucho cerca del Ecuador y les proporcionan una especie de gran “aventón” en dirección al sur, lo que les ahorra bastante energía, por cierto. Gracias a ese impulso, antes de llegar a este bello lugar, sólo detienen el viaje y, no más de un día, en un lugar llamado Paracas, en el sur de la costa peruana. No es habitual que se retrasen — insistió Justus, al tiempo que escrutaba el horizonte hacia la costa noreste con sus pequeños ojillos amarillos. Y agregó sin abandonar su preocupación:

— Confío que la razón esté de tu parte, Ariel. Que se trate nada más de un retraso. Pero, ¿sabes?, como te dije en Puerto Saavedra hace unos días, hay varios de nuestros parientes que ya no vienen más a esta playa... no pueden llegar por diversas razones... que no alcanzamos a comprender...

— Ya verás que no sucede nada de lo que estás pensando, Justus. Sólo han sufrido un retraso por otras causas — dije a mi plumífero amigo pese a que éste ya había logrado traspasarme su inquietud.

— Bueno, bueno, será mejor que vuele hasta mi bandada. Regresaré dentro de un rato y espero traer conmigo a Kier, el Zarapito, nuestro primo de Norteamérica, que viene con su gran familia, ¡ji, ji, ji! — rió con su conocida voz aguda Justus, alejándose con su paso bamboleante, para iniciar un breve trote antes de elevarse con un par de batidas de sus poderosas alas.

— ¡Nos vemos luego, espérame y disfruta de la vista mientras tanto, ji, ji, jiiii! — dijo mientras pasaba volando frente a mí, ejecutando luego un amplio viraje para dirigirse a los acantilados que guarnecen el costado suroeste de la caleta de Tubul, donde seguramente estaba el resto de sus congéneres.

Me quedé pensando, con la vista perdida en el horizonte dominado por el océano, en los parientes de Justus que aún no habían arribado. Barrunté que, en realidad su preocupación era justificada, porque los ciclos de la naturaleza suelen ser muy exactos y las aves cumplen sus itinerarios con bastante más puntualidad que los medios de transporte humanos, por lo tanto algo malo estaba seguramente ocurriendo en algún punto de la delicada cadena de equilibrios que gobernaba la migración de aquellas aves.

La mañana se había instalado plenamente sobre el mar y debí buscar la sombra acogedora de un

pequeño árbol que crecía con dificultad en la orilla arenosa de la playa. Estaba acomodándome, cuando aparecieron volando Justus y su pariente el Zarapito Kier. Se instalaron a mi lado y mi pelícano amigo inició las presentaciones de rigor:

— Ariel: este es mi primo Kier, cuyo hogar se encuentra en la costa de San Francisco y pasa el verano en nuestra tierra.

— ¡Hola Kier, cómo has llegado! — dije entusiasmado.

— ¡Bien, muy bien, afortunadamente! Es un placer conocerte! Justus nos ha hablado bastante de ti, desde ayer, cuando nos encontramos, al llegar junto a su bandada. Es más, no ha parado de referirme su encuentro contigo, en... Puerto Saavedra, ¿verdad? — contestó con su delicada voz el hermoso pájaro.

Tenía cuerpo rechoncho y mediano, color marrón con motas blancas. Sus patas eran muy largas y su pico, graciosamente curvado hacia abajo, exhibía una bella combinación de colores, pues mientras la parte superior era de color negro, la inferior era anaranjada. Sus ojos almendrados denotaban una aguda inteligencia. Su andar era rápido y parecía estar siempre pendiente de lo que ocurría alrededor de sus estilizadas patas.

— Justus estaba muy ansioso de encontrarse con ustedes. Así me lo dijo cuando lo conocí, en su

viaje hasta esta extensa playa — dije al nervioso zarapito, al tiempo que guiñaba un ojo al orgulloso pelícano que sonreía visiblemente satisfecho de haber concretado su propósito de presentarme a parte de sus parientes.

— ¡Oh sí, ya lo creo mi amigo!... siempre traemos alguna cosilla exótica de regalo desde algunas estaciones de nuestra migración, ya sabes, algunos manjares de los cuales gustan nuestros primos, como esas exquisitas artemias salinas que nos alimentan en el Gran lago Salado de Estados Unidos y también en el altiplano de Chile, justo en el último tramo de nuestro largo vuelo.

— ¡Son una real delicia, amigo mío! — intervino con entusiasmo Justus, moviendo sus amplias alas y acomodando con destreza algunas de sus plumas con el pico.

Y prosiguió Kier, sonriendo ante el entusiasmo de su pariente:

— Además, por cierto, conversamos mucho durante estos meses que compartimos en este tranquilo Golfo. Siempre hay tantas novedades, ya sabes: parientes que nacen, otros que se marchan hacia la otra realidad, anécdotas de todo tipo, en fin, ¡la vida misma!

— Sí, Kier, ya lo creo — aduje — . ¡Es seguro que hay mucho tema para conversar luego de un año sin verse! Pero, cuéntame: ¿Cuál es la parte más complicada de tu viaje hasta estas tierras?

– Bueno, bueno, déjame ver... Creo que lo más difícil es el tramo de Centro América, que tiene enormes complejidades que han ido aumentando a lo largo de los años – me indicó el zarapito, mientras escudriñaba atentamente el suelo arenoso, justo entre unos guijarros, en busca de algún pequeño crustáceo. Mientras lo observaba, mi plumado interlocutor continuó de inmediato su relación.

– Es difícil, ¿sabes? No sólo conspira el territorio que, en general, tiene una topografía bastante accidentada, ya que pasamos de la geografía desértica de una parte importante de México a las montañas y selvas espesas de Honduras y Guatemala, de forma tal que debemos volar grandes tramos sin descanso, si no queremos transformarnos en alimento de animales como Jaguares y serpientes. Además está presente el factor climático, ya que en dicha zona hay formación constante de grandes masas de nubes y vientos muy variables que tornan peligroso el vuelo y, en frecuentes ocasiones, las intensas lluvias cierran completamente la visibilidad. Todo ello gracias a la cercanía del cinturón ecuatorial y la proximidad e influencia de los océanos Atlántico y Pacífico en ese sector. Ello genera un gran movimiento atmosférico, que, por otro lado y por similares razones, permite ver cosas realmente

hermosas en el firmamento. Sin embargo, muchos de nuestros hermanos de viaje han quedado cogidos súbitamente en esas tormentas tropicales y no alcanzaron a concluir la travesía — sentenció con voz grave el amistoso pájaro.

— Mhhh, ya veo, Kier, ya veo. Lo que nosotros los humanos hacemos en el vuelo, en realidad palidece al lado de las proezas que tú y tus hermanos plumíferos hacen diariamente — dije a mi conversador amigo, sinceramente admirado de su relato.

— Pero, en realidad, no es para nosotros nada especial — intervino Justus al tiempo que daba sus cómicos pasos sobre la húmeda arena de la orilla de la playa—. Es sólo nuestro medio habitual de vida. A ninguno de nosotros nos gusta mucho permanecer caminando sobre la tierra... no lo hacemos con la destreza y soltura que ustedes demuestran. Para probarlo sólo basta ver con qué elegancia se desplaza mi primo, ¡juic, juic, juic! — rió entusiasmado Kier, mientras se echaba hacia atrás y movía rítmicamente sus alas.

Con gesto resignado, Justus sonrió y dijo:

— Bueno, bueno, hacemos lo que podemos al descansar en la superficie de la tierra. Además, como sólo nos acercamos a este mundo cuando debemos comer o hacer nuestros nidos, no necesitamos mucho más en realidad.

—¿Qué pasará con nuestros demás primos que aún no arriban, como en años anteriores? —preguntó Justus, a Kier, volviendo con ello a la preocupación que rondaba por su mente al tiempo que escrutaba el horizonte como había hecho antes, cuando me había planteado esa inquietud.

—Algo está ocurriendo, no comprendemos muy bien por qué razones, pero algunos de nuestros compañeros en la gran travesía anual desde Norteamérica hasta este bello lugar, ya no nos acompañan. Por el contrario, se quedan al norte del Ecuador o deciden pasar hacia algunos sectores del Brasil, modificando sus patrones ancestrales de viaje. Nos han contado que tienen grandes problemas en esos sitios. No pueden hacer sus nidos en calma, son presa de animales que no conocían y muchas veces sus hijos mueren antes de poder volar, porque las condiciones climáticas son muy diferentes de este lugar al que habían arribado por cientos de generaciones... He visto regresar a muchos de mis amigos, cuando ha comenzado el invierno en el sur, con un brillo de desesperación en sus ojos, porque no lograron echar al vuelo una nueva generación de los suyos. Además, muchos hermanos me cuentan que les resulta difícil encontrar el alimento que hasta hace algunos años abundaba en ciertos lugares, por lo que no pueden almacenar suficiente energía para completar sus

largos viajes. Sí... algo que no comprendemos bien está pasando y muy de prisa — concluyó Kier.

Yo meditaba con preocupación sobre el diálogo que escuchaba entre las aves. Sabía en realidad qué estaba pasando. El calentamiento global del planeta, estaba causando estragos graves; la deforestación de la selva tropical y otras depredaciones humanas eran responsables en gran medida de los problemas descritos tan gráficamente por los hábiles viajeros que me acompañaban esa hermosa mañana en la orilla del mar. Pero, no quería desesperar más a mis ya preocupados amigos... y guardé silencio.

—Entonces, ¿quieres decirme que no vendrán? —preguntó Justus a Kier con un temblor de angustia indescriptible en su voz, mientras bajaba su cabeza hasta que el larguísimo pico casi rayó la arena.

—Tal vez, querido primo. Tal vez —murmuró Kier, alejándose unos pasos en dirección a la orilla del mar.

Un largo instante de silencio se impuso entre nosotros, como una densa capa. Mirábamos hacia le horizonte azul, mientras yo sabía en la intimidad qué podía estar ocurriendo realmente y, por cierto, no tenía ello mucho que ver con un sencillo retraso de las aves migratorias, como le había dicho antes, en un intento por conformarlo, a Justus. Ellas obe-

decen sus relojes biológicos con mucha mayor disciplina que nosotros los humanos. El asunto podía ser mucho más grave y Kier, el inteligente zarapito, estaba en el camino correcto con sus disquisiciones al respecto. ¿Qué podemos hacer los humanos para evitar que estas tragedias sigan multiplicándose, hasta que se transforme en nuestra propia y directa debacle? —pensé en silencio buscando alguna respuesta, pero nada adecuado acudía a mi mente...

Los minutos transcurrían lentos y, cuando mis amigos parecían disponerse a partir, observé a lo lejos, casi en el borde de la silueta de la Isla Santa María, claramente visible en ese día magnífico, una mancha oscura que cubría una parte de la línea del horizonte y que fluctuaba en su forma dando la sensación indiscutible de movimiento. Presintiendo algo bueno, dije a mis amigos:

— ¡Miren hacia el norte, allá sobre la silueta de la isla, esa sombra que se mueve! ¿No serán sus parientes que llegan?

— ¡Pues vamos a ver! ¡Sería maravilloso! —exclamaron casi al unísono las aves, al tiempo que emprendían inmediato vuelo en esa dirección.

Unos segundos después, a unos diez metros sobre mi cabeza, Justus, que había levantado alas con la vista fija en la mancha que se aproximaba desde el norte, me gritó entusiasmado hacia abajo:

— Tenías razón, Ariel, tenías razón! ¡Son nuestros parientes! ¡Su forma de batir las alas es inconfundible! ¡Son ellos, por fin! Voy a su encuentro... Nos vemos pronto — agregó por fin acelerando el batir de sus poderosas alas que pronto lo alejaron mar adentro.

Mientras tanto, Kier ya se había transformado en un pequeño punto sobre el azul del océano, volando al encuentro de sus compañeros de viaje y no alcancé a escuchar su despedida, mientras me incorporaba y echaba a caminar lentamente por esa, mi playa de infancia...

Un Cóndor Llamado Francisco

Ufff... ¡¡¡estas sí que merecen el nombre de térmicas!!!

El sudor perlaba lentamente la frente de Ariel Blanco, que había llegado el día anterior junto a un par de amigos desde la ciudad de Valdivia, en Chile hasta Córdoba, en la vecina Argentina. Volaba esa tarde en el sector montañoso denominado Cuchi Corral, cuyos cerros de vegetación hirsuta, le recordaban los de la zona central de Chile, donde había vivido una parte importante de su vida.

Por consejo de los amigos parapentistas locales, habían escogido esa hora del día para intentar el vuelo, porque era la más tranquila en esa época del año... sin embargo, Ariel ya había entrado en dos corrientes térmicas que eran, con mucho, las más fuertes que había sentido en toda su experiencia de vuelo libre de los últimos cinco años. El chillido permanente y agudo del variómetro que llevaba atado a su muslo derecho, así lo atestiguaba y el piloto no precisaba mirar la fría pantalla del instrumento para darse cuenta que estaba subiendo muchos metros por segundo en cada una de las vueltas de

su vela, cuyo color rojo destacaba contra un cielo azul intenso.

Realmente son poderosas estas chimeneas – pensó Ariel, mientras giraba sintiendo el siseo característico del viento en los intersticios de su casco protector indicándole que su vuelo cursaba a plenitud, confiriéndole tranquilidad y acostumbrándolo lentamente a los bruscos cambios de altitud que se producen al volar en tales condiciones.

No recordaba esto desde Arica – meditó el piloto mientras los objetos en la distante superficie de la tierra se empequeñecían aún más, dejándolo inmerso en un poderoso paisaje de montañas y cielo.

– ¡Atento Ariel, tienes compañía hacia las once de tu curso!

La voz de Jorge “Jota” Castillo, otro de los valdivianos presentes en la cita de la tarde transandina, conocido por su prudencia en el vuelo y permanente entusiasmo y buena voluntad con todos los aficionados a este deporte, alertó a Ariel, sacándolo bruscamente de su concentrada actitud del momento.

Cuando avistó con toda claridad el compañero que le describían desde tierra, Ariel no pudo sino exclamar, casi fuera de sí:

– ¡Esto sí es magnífico, Jota!... ¡Inolvidable! La fuerte impresión de la visión que se presentaba ante los ojos del piloto, hizo que olvidara el controlado

temor que hacía fluir la adrenalina por su cuerpo a chorros mientras se desplazaba en la amplia ladera del cerro.

— ¡Ahora sí tengo qué contar cuando sea viejo!, ja, ja, ja! — rió Ariel oprimiendo el PTT de su aparato de comunicación, al tiempo que procuraba mantenerse en un curso de vuelo paralelo a su compañía: ni más ni menos que un magnífico cóndor de Los Andes que, con su bufanda blanca y su espectacular envergadura alar de más de dos metros, volaba pleno de solemnidad, al tiempo que escudriñaba la superficie rugosa de los cerros muy por debajo de su línea de vuelo.

— ¡Cuidado, cuidado Ariel! Recuerda que son varios kilos de pájaro y un par de metros de cuchillo plumado que pueden ocasionarte un feo dolor de cabeza. ¡Sin acercarse demasiado! La voz sensata de Jota volvió a hacerse escuchar en los auriculares de Ariel.

— ¡No te preocupes, Jorge!; voy a procurar mantenerme lo suficientemente lejos de este maestro como para evitar percances, pero quiero seguir en su compañía un rato más... ¡su plumaje y estampa son realmente magníficos, debieras estar aquí hombre! — indicó rápidamente Ariel, mientras efectuaba una corrección leve hacia izquierda para mantener su curso paralelo al imponente cóndor...

II

—Mhhh, veo que tu amigo está preocupado —indicó el cóndor, mirando con un rápido golpe de sus ojos de mirada fuertemente penetrante a Ariel.

—Me parece, sin embargo, que somos nosotros quienes debemos temer de ustedes —agregó con tranquilidad y puntualizó: —al menos allá abajo, en la superficie de la tierra.

—Sí, la verdad es que debe estar algo preocupado, porque, además, estas condiciones de vuelo son bastante fuertes para nosotros que venimos del otro lado de la cordillera y volamos cerca del mar —indiqué al precioso rey de Los Andes, intentando desviar la conversación de su última afirmación, que recogía una realidad oscura que, en varios puntos del continente americano donde viven estas magníficas aves, resulta ser lamentablemente efectiva... En muchos lugares se les asesina de manera cruel, poniéndoles trampas, lo que demuestra en no pocos casos ignorancia y, en otros, deja en evidencia la desigual competencia por sobrevivir entre las comunidades humanas precordilleranas, generalmente pobres y estas maravillosas aves de carroña.

—Estas condiciones de vuelo son muy recias —reiteré mientras iniciaba un giro con mucha suavidad, para seguir el derrotero del cóndor.

— ¡Juu, juu, juu!, ya me parece... te ves algo ansioso — espetó el negro dueño del viento de altura en Los Andes, mientras continuaba observando hacia el rocoso y distante suelo.

¿De dónde dices que has llegado? — preguntó al tiempo que me dirigía otra de sus rápidas miradas y su pupila color miel despedía un brillo fugaz al ser impactada por los rayos del sol de la tarde.

Vengo de la ciudad de Valdivia, en el sur de Chile, al otro lado de la cordillera como te dije hace un rato. Estamos de paso con algunos amigos que, como yo, practican vuelo libre. Queríamos ver cómo eran las corrientes térmicas de este lado de nuestra frontera con Argentina.

— Humm, Valdivia, Valdivia... — murmuró en cóndor, como buscando algo dentro de los intersticios de su mente — . He escuchado algo sobre ese lugar. Algunos parientes que viven cerca del mar, en esa parte del mundo nos hicieron llegar noticias inquietantes, como las que tenemos también y por desgracia, desde otras latitudes del planeta. ¿Tiene muchos ríos, verdad?

— Oh, sí, amigo mío... ¡es una bella zona!; con mucho verde y también gran cantidad de agua... no sólo en los ríos sino también de esa que cae del cielo — respondí.

A propósito, evadí pronunciarme sobre la última parte de lo dicho por mi ocasional interlocutor. Ya

imaginaba a qué problemas se referían sus intervenciones... Mucho había conversado al respecto con otras aves en el tiempo anterior. A cambio, dándole un poco más de velocidad a mi vela y con algo de timidez o temor en la voz, dije:

—Me preguntaba si podrías indicarme algunas ideas para mejorar mi vuelo...no sé, algo de técnica tal vez...

Me deslizó una nueva mirada penetrante de sus ojos plenos de vitalidad y después de unos segundos de silencio que me parecieron eternos, contestó:

—Eres muy ingenuo, amigo. Ese resulta un tema complejo... no ha de resultar sencillo para un ser nacido para vivir en otro medio comprender exactamente qué es volar. Se puede enunciar cuáles son las leyes que gobiernan el acto de elevarse en el viento, claro, y tengo entendido que ustedes han escrito muchos tratados al respecto. Incluso cada tanto, diviso a lo lejos esas ruidosas y humeantes máquinas que han fabricado tus hermanos para invadir nuestro mundo de éter, pero volar es algo más profundo, de manera que no veo cómo podría yo explicarte en palabras breves qué significa... Tal vez sea estar simplemente ahí donde desees en cada momento y definitivamente tiene mucha relación con el verdadero concepto de libertad.

Luego de otra pausa, sentenció:

—No puedo enseñarte mucho de lo que para mí ha conformado razón de ser desde que el tiempo es tal... sólo quedaríamos en la cáscara de la esencia... no: esa verdad deberás descubrirla tú y el trabajo podría tomar todo el tiempo de tu existencia. Si pudiera sugerir algo útil al respecto, te diría que fueras humilde; no sobreestimes tu arrogante aparato tecnológico. Ninguno de vuestros inventos podrá lograr jamás en el aire lo que mis hermanos y yo podemos. Observa siempre y se modesto en el juicio que precede a tus despegues. Sobre el vuelo mismo nada puedo decirte. No eres como nosotros, ni podrás serlo. Difícilmente comprenderías.

Una casi imperceptible torsión de su magnífica cola desplegada en amplio abanico, puso a mi camarada de vuelo varios metros más distante de mi trayectoria de vuelo y más cerca de la ladera rocosa del cerro que nos servía de sustento. Las plumas separadas del extremo de su ala izquierda casi rozaban su rugosa y despoblada superficie.

Sentía el peso y la solemnidad de las palabras de la magnífica ave, cuyo vuelo era también simplemente magnífico.

—Por cierto, me llamo Francisco... he tenido gusto de conversar contigo —me dijo— mientras iniciaba un lento, pero sostenido ascenso que me resultaba impensable seguir...

—Demasiado limitado aún —pensé en silencio.

—No te mortifiques, eso tampoco tiene sentido.

No quieras ser lo que no podrás, pero te reitero: ya que has acopiado valentía para venir a este dominio, observa mucho a mis hermanos y estudia; actúa siempre con cautela y sencillez. Si lo haces, el viento podrá darte permiso de entrar en sus dominios invisibles y te ofrecerá por unos instantes sus brazos transparentes, para que sueñes y sientas por un momento, que eres un ave... pero recuerda: es sólo un acercamiento. Emplea lo que aprendas en cada uno de tus paseos aéreos para que tu caminar por la superficie de la tierra, que es el destino para el que has sido creado, deje una huella digna de seguir por tus semejantes; para que seas mejor persona... para que realmente ¡SEAS!

Las palabras de Francisco eran reposadas, ciertas; absolutamente sabias y ciertamente aplicables no sólo al arte de volar, sino al resto de los actos de la vida.

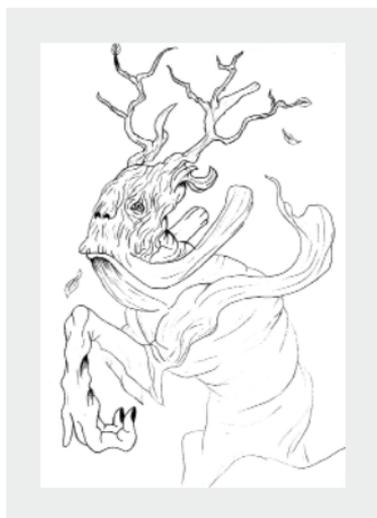
Y mientras continuaba su ascenso con magnífica constancia y exquisita técnica, se despidió.

—Hasta pronto, hombre que vuela. Me alegro de haberte conocido. Lleva mis saludos a mis hermanos plumados que habitan en la tierra del agua donde vives y recuerda la humildad, tal vez ella

contribuya a detener el desastre anunciado que tus congéneres han echado a rodar, por intereses que me parecen muy cercanas al egoísmo puro y simple...

Fue un encuentro breve, pero cargado de significados demasiado hondos para responder algo que valiese la pena. El silencio que flotaba con el color áureo de la tarde y la tibieza del viento cargado de esencia, resultaban más elocuentes que toda palabra que pudiera pronunciarse. Simplemente miré alejarse a Francisco, el cóndor; dije adiós en silencio, consciente que era un momento único, irrepetible... mágico.

Cuando lo perdí de vista, tras los lejanos y altos cerros de Córdoba, el viento de la tarde continuaba silbando su canción tranquilizadora en mi casco de vuelo y todo iba tiñéndose de color anaranjado, mientras giraba lentamente para regresar de nuevo a la tierra, en cuya superficie tibia, las sombras alargaban su extensión antes del imperio definitivo de la penumbra...



8

Palo Buque

*P*ero ¡¡cómo esperan que podamos despegar en ese minúsculo cerro!! ¡No, no, no... ahí no se puede volar!

Atisbando con dificultad desde el atestado asiento trasero del jeep mistubishi conducido por Alberto Avalos, canoso y experimentado instructor de parapente de la sureña ciudad de Temuco, Ariel Blanco —asistente a la cita de vuelo nortina que contaba con la presencia de varios adeptos— contestaba a los gestos de Gerardo Pailacar, un valdiviano avecindado en aquella ciudad desde hacía algún tiempo, que a través de los vidrios del vehículo y en medio de un amasijo de velas multicolores, cascos y sillas utilizadas para el deporte del vuelo libre, le indicaba la proximidad del cerro Palo Buque, reconocido por los aficionados al arte de Icaro y Dédalo de muchos lugares del mundo, como uno de los sectores en que esta disciplina puede practicarse con mejores resultados.

En efecto, una cuestión de perspectiva hacía que Palo Buque, ubicado camino del aeropuerto de Iquique, en el Norte Grande de Chile, pareciese

un mísero cerrito frente a los enormes macizos que resguardaban su afiebrada espalda arenosa...

— Bueno, bueno, — sonrió Pailacar al tiempo que palmeaba suavemente el omóplato de Ariel. — Ya cambiarás de opinión cuando estés subiendo como en una chimenea, más tarde. ¡Recuerda lo que te digo!

El férreo sol descargaba sus rayos, a esas horas del inicio de la tarde, con implacable fuerza sobre el grupo de deportistas que preparaban sus aparatos para el vuelo, ascendiendo con dificultad hacia la mitad de la ladera erizada de piedras filosas del cerro Palo Buque.

— ¡Cuidado con las piedras, muchachos! ¡Varios antes que ustedes han cortado sus líneas en ellas!

Ávalos, avisaba por radio a sus pupilos, para que tuviesen precaución al extender sus frágiles velas en la pendiente, antes de iniciar el despegue. Blanco no precisaba mayores advertencias, pues hacía un tiempo ya había comprobado que esas pequeñas piedras realmente eran navajas escondidas, cuando una de ellas rebanó limpiamente una de las cuerdas del borde de fuga de su vela, truncando al primer día toda posibilidad de vuelo en la vecina ciudad de Antofagasta.

— ¡Ufff, es más pesada esta subida de lo que parece en verdad! — Ariel acezaba mientras el sudor

ya aparecía en su frente, tras cada paso de ascenso que intentaba en la arena candente del cerro Palo Buque.

Ya a media ladera, se sentó un instante en el áspero suelo para recuperar su ritmo respiratorio, mientras a sus pies se desplegaba el paisaje misterioso y sereno del desierto, al borde del mar.

—Listo, ¡me voy!... ¡¡¡Yahoooooo!!!

El grito cargado de adrenalina de otro de los temucanos presentes en la reunión, sacó a Blanco de sus cavilaciones, mientras una vela color azul y blanco se desplegaba a treinta metros o menos de su ubicación e iniciaba el ansiado vuelo con su eufórico piloto maniobrando su vela con agitación para mantenerse cerca del borde de la ladera, que es el sector donde se consigue mayor ascendencia. Más allá, Sergio Filgueira, un veterano y calvo profesor universitario, literalmente peleaba con su vela colores amarillo y blanco, que ya dejaba en evidencia un prolongado tráfago en el deporte del vuelo libre, en reiterados intentos frustrados por alzar el vuelo. Tras el tercer revolcón que presenciaba a la distancia y presintiendo el estado de ánimo de “Kamikaze” como le apodaban, que seguramente era presa de la furia en esos instantes, Ariel cogió su aparato de radio y oprimió el pequeño botón que abría el micrófono, para decirle con voz calma:

—Pelao... ¡calma, viejo! Siéntate un rato y recupera serenidad. Mira el mar a lo lejos, respira hondo varias veces y después vuelve a intentarlo. ¡¡Ahora sólo estás haciéndola de gladiador contra el parapente...y tú sabes que te vencerá casi siempre!!

Un golpe doble en el auricular de la radio le indicó a Blanco que su mensaje había sido escuchado. En efecto, a los segundos, pudo observar que Sergio se recostaba sobre su aparato de vuelo parcialmente aglomerado a su costado y se quedaba inmóvil observando hacia el cielo...—ya volará— pensó Ariel al tiempo que, por su parte, desplegaba los cordinos de su magnífica vela de colores rojo, gris y negro, que ya empezaba a presurizar los cajones de su sección central con la sostenida brisa cálida que soplaba barriendo la arisca ladera, como si quisiera alzar el vuelo de inmediato.

—“Mhhhhh...tenía mucha razón Gerardo.” ¡Esta laderita es un auténtico ascensor!, pensó Blanco mientras giraba en dirección al mar y cruzaba bajo otros dos pilotos que regresaban hacia la cordillera tomando más altura en cada vuelta del breve circuito, luego de haber despegado sin problemas unos segundos antes.

Cuando pasaba sobre el punto de la tierra donde Sergio recién se reincorporaba para alzar luego el vuelo, recibió la instrucción de Alberto, que semejava en la inmensidad de la pampa arenosa,

junto al vehículo en que el grupo había llegado, un diminuto punto apenas distinguible del entorno gracias al mimetismo que el buzo amarillo que usaba le confería.

—Ya estás listo, Ariel; con esa altura tienes de sobra. ¡Sigue vuelo hacia la ladera de los cerros grandes ahora! Mantén cercanía con ella y gira unos trescientos metros más allá de regreso para que continúes el ascenso de manera sostenida, hasta el punto que desees.

—OK, Alberto, voy para ese lado.

Ariel cerró su comunicación con el instructor en tierra y salió de la pequeña ladera de Palo Buque, en dirección a los enormes cerros que festonean el borde costero de Iquique y sus alrededores. Mientras el viento siseaba tranquilizador en su casco de vuelo negro, dejó vagar simplemente la vista por el inmenso paisaje desplegado a su entorno. El mar, de color azul intenso contra un cielo que iba tomando lentamente el color anaranjado del atardecer, los cerros con sus tonalidades rojizas, ocre o amarillentas más todas las gamas de degradé que se pudiera imaginar, construían un escenario magnífico. En poco tiempo había alcanzado unos quinientos metros sobre la superficie de la tierra que, entonces, parecía extrañamente tersa. Abajo, muy pequeños, deambulaban Alberto y otros amigos temucanos que habían decidido volar sólo en la

pequeña ladera inicial y quedarse “jugando” a baja altura. Sólo hacía compañía a Ariel, en el ascenso, Gerardo, que se encontraba en esos segundos aún más alto, separado de aquel unos trescientos metros en dirección al mar. Todo era silencio en la altura.

II

Pedro, el jote, al que todos conocían como gitano, alzó el vuelo desde el promontorio en que se encontraba y descendió unos metros, hasta alcanzar el curso de vuelo de la vela roja de Ariel.

—El viejo Nico se alegró al recibir tus saludos, amigo. Seguramente tú también lo estarás al saber que se ha recuperado casi totalmente de su grave accidente.

—¡Hola, Pedro; qué alegría encontrarte por estos lados! Estás bastante lejos de tu hogar. ¿Cuándo llegaste?

Ariel giró levemente su cuello para conversar mejor con Pedro, el jote viajero, que lo alcanzó rápidamente, volando desde su costado izquierdo. Para variar, ejercía su habilidad en el espacio de manera magnífica, con sus oscuras alas extendidas plenamente, aprovechando de forma exquisita cada uno de los invisibles giros del viento de altura.

— ¡Oh, nada de eso, Ariel! Tú sabes que mi hogar es el viento. No tengo un lugar en tierra que pueda considerar tal; en cambio, en el aire tengo toda una inmensa bóveda celeste en la que habito... que además no tiene fronteras de especie alguna. Llegué hace un par de días por estos lados. Me gusta disfrutar de cuando en cuando de la agradable temperatura que siempre hay en estas latitudes. Además cada atardecer es tan diferente del siguiente. Esos colores, no los encuentras en cualquier parte.

— Tienes razón amigo mío, el hogar es un concepto diferente. Nosotros los humanos, tal vez no tenemos muy clara esa idea. Nos aferramos y necesitamos aferrarnos a las cosas... no sé en verdad, si ello nos conduce a la seguridad que pretendemos alcanzar con tanta pertinacia... o desesperación. Pero, ¿me decías que el viejo Nico está de vuelta?

Ariel conversaba con el magnífico jote como quién hace con un antiguo amigo, mientras volaban juntos contra la escarpada ladera cuyo borde superior estaba muy cerca de la línea de vuelo de Ariel. El viento seguía silbando tranquilizador en el casco del piloto. A lo lejos, la vela color calipso de Gerardo, describía amplios círculos en el éter azul del cielo, que se fundía con el océano.

— Así es — respondió el pájaro. Ya sabes, es difícil vencer a un carcamal plumado, ¡jiii, jiii, jiii! — rió enseguida el jote, mientras dirigía a Ariel una de sus

inteligentes miradas. Sólo ha quedado como secuela en nuestro amigo alguna dificultad en la práctica del vuelo estacionario, ese que tanto te maravilló cuando lo conociste.

—Oh sí, sí, es que no podía dejar de admirar la velocidad y maestría con la que giraba una y otra vez en aquella ladera de Mirasol... ¡su vuelo era, por sí mismo, un auténtico poema! ¿Cuándo supiste lo que me cuentas?

—Hace unas cuatro jornadas atrás. Pasé expresamente a verlo en mi viaje al norte. Lo encontré conversando con Karla, la vieja gaviota, que se ha preocupado de su restablecimiento como un verdadero hermano. ¿Sabes?, ella coordinó desde el principio todo lo necesario para atender al viejo gruñón que es Nico; llamó a Marcos el Búho y avisó a los lobos marinos que vimos en Coliumo en nuestro último encuentro ¿recuerdas?, para que le llevaran ese remedio que, todo parece indicarlo, surtió efectos en realidad milagrosos, porque se veía muy bien cuando estuve visitándolo.

—Es una alegría saber que todo vuelve a lo normal, amigo mío. También conmueve la enorme solidaridad que ustedes han desplegado en torno al sabio maestro del vuelo que estaba en peligro... deberíamos aprender más de ello nosotros, los racionales de la creación.

Los compañeros de vuelo giraron una vez más casi al unísono en dirección al oriente, alejándose del océano, mientras la tarde comenzaba a ceder ante un ocaso fuertemente anaranjado. En la superficie de la tierra, varios parpentistas habían ya cesado sus operaciones de vuelo y, cual pequeños insectos, reunían sus implementos en torno al jeep en el que — Ariel lo adivinaba — Alberto reposaba estirado en uno de los asientos, sin perder de vista a los dos pájaros que aún a esas horas proseguían en su intento de escalar el viento...

— ¿Cómo era eso que no se iba a ascender nada en ese cerrito?, ja, ja, ja. ¡¡Mira dónde estás y cuánto tiempo llevas en el aire, viejo!!

La risa de Pailacar sonó en el micrófono de Ariel, ubicado en la parte frontal de su casco, sacándolo súbitamente de su concentración y del diálogo con Pedro, el jote.

— Bueno, bueno, maestro, ¡qué vamos a hacer! Sólo comprender que tal vez es mejor esperar tranquilo y observar antes de juzgar... siempre podemos aprender algo — respondió Blanco, adivinando la sonrisa de Gerardo en la distancia.

— Así es Ariel, así es. Por mi lado, yo he tenido bastante. Me esforcé, pero no alcancé a superar la altura de los cerros grandes, como el año pasado. Con todo, ha sido un vuelo muy bello, como siempre en esta parte del norte. Ya voy bajando... me ha

dado un poco de hambre, nos vemos en tierra. ¡Una cerveza helada tal vez no sería mala cosa!

– Bien, Gerardo, yo también creo que bajaré pronto, porque estoy algo cansado... estamos en vuelo hace... ¡más de tres horas!

– Tu amigo es modesto, Ariel, pues la verdad es que hace un rato, justo antes que yo mismo despegara de ese peñasco que ves hacia el poniente, más allá de la pequeña garganta que se recorta en el acantilado para alcanzarte, estuvo algunos metros sobre el borde de los acantilados altos. Es cierto que no pudo sostener esa altura de vuelo, pero alcanzó más allá del borde – señaló Pedro, el gitano mientras observaba la vela calipso de Gerardo que hacía giros para descender en la distancia.

– Yo creo lo mismo, Pedro. Gerardo es un buen piloto y seguramente ha podido ir más alto de lo que dice. Hubo momentos en que lo veía bastante pequeño y eso que yo mismo estaba bien alto.

– Bueno, hermano. El atardecer dará pronto lugar al ocaso. Debo regresar a mi lugar de dormida. Mañana pretendo iniciar el regreso al sur. Creo que daré un paseo por la costa de Antofagasta, precisamente en La Portada, para conversar con unos primos y con los simpáticos pelícanos que se congregan en ese lugar antes de retornar más cerca del sitio donde nos conocimos. Nos veremos pronto, en este espacio azul que es de todos los que

nacemos para él... y de los que se atreven a superar algunas limitaciones, como ustedes...

— Ya nos encontraremos nuevamente, Pedro. Que tengas buen vuelo. Saludos para mis hermanos plumíferos. Este ha sido un vuelo magnífico, en especial, porque sé que Nico, el viejo maestro del que tanto logré aprender, está otra vez, en el vuelo eterno. De regreso al sur, llévale mi recuerdo y dile que espero verlo nuevamente, cuando pueda regresar a esa bella playa de Mirasol Alto en la que tantos recuerdos se atesoran.

Ariel Blanco, el piloto que aprendía de las aves, alzó su mano en gesto de despedida e inició un suave giro, saliendo del trayecto de la escarpada ladera a cuya vera había volado todo el tiempo, para dirigirse hacia la orilla del mar y descender a tierra, mientras el cielo era ya de un rojo sangre y Pedro, sin agitar una sola pluma, torcía su trayectoria en dirección hacia el alto acantilado, en una grácil pirueta... Había sido un vuelo fantástico, una vez más. En la absoluta tranquilidad del éter, rodeado del viento tibio de la tarde, del paisaje arrobador que llenaba la pupila hasta desbordarla y en compañía de un viejo amigo que le había dado buenas noticias... algo más había quedado en el cofre interno del piloto, ese día. Ya podía entonces regresar a la superficie de la tierra en paz y proseguir su indesmentible ruta de humano, un poco más...



9

¿Instrumentos o Sentidos?

I

Jorge, ¡Jorge, dime por favor...! ¿Estoy subiendo o bajando ahora? ¡Aquí arriba se encuentra muy inestable el viento! ¡A cada instante tengo la sensación que sufriré una plegada de la vela!

La voz de Andrés, experimentado parapentista de la cercana Valdivia, sonó muy alterada en el aparato de radio de Ariel, sacándolo súbitamente del relajado descanso al que se había entregado desde hacía unos minutos, en la parte más alta del sector de “despegue” que los deportistas valdivianos utilizaban en los cerros que guarnecen la playa de San Ignacio, ubicada al norte de la conocida localidad de Niebla, por la sinuosa carretera de la costa.

El deportista en vuelo se dirigía a “Jota”, como era conocido en el ambiente del vuelo libre, Jorge Castillo, que se encontraba precisamente en el punto de despegue, más abajo, a unos trescientos metros de la ubicación de Ariel.

— Tranquilo, Andrés, tranquilo! En estos momentos veo que estás bajando un poco. En todo caso,

parejo. Inicia giros completos sobre el mar y cuando percibas que has descendido, dirígete a la playa.

— ¡Está bien, Jorge, lo intentaré, pero no quiero meterle mucha fuerza al giro, porque el viento se encuentra muy inestable y la vela podría plegarse y, además, no siento que esté bajando! — respondió el piloto, y casi podía respirarse la descarga de adrenalina que gobernaba sus acciones en el aire.

Jota manteniendo el contacto radial desde tierra, procuraba que sus palabras tranquilizaran al deportista que claramente estaba alterado. La falta del variómetro, literalmente, lo había sacado del vuelo, al punto de bloquear la información que sus sentidos podían entregarle y con cuya ayuda podía salir tranquilamente del atolladero.

II

— Mhhhh... parece que tenemos un piloto en algunos apuros... ¿o me equivoco, amigo?

Una preciosa lloica, de pecho escarlata, posada en la punta de una de las estacas del cerco ubicado delante del sitio donde Ariel reposaba hasta que escuchó la conversación de sus dos amigos en el micrófono del aparato de radio, llamó la atención de éste.

—Oh, sí, en efecto. Parece que Andrés tiene alguna clase de problema —respondió de inmediato Ariel sin dejar de observar el parapente de su amigo, que se apreciaba nítido recortado contra el cielo, sobre el mar algo encrespado por el viento.

—Me llamo Candela y tengo mi nido allá, detrás de esa pequeña colina, donde se aprecian los grandes avellanos, ¿alcanzas a ver? —preguntó el ave dirigiendo una rápida mirada a Ariel.

—Sí, los veo —respondió el intranquilo piloto, dando un rápido vistazo hacia el sector indicado por su interlocutora. Es un agrado conocerte, Candela. Mi nombre es Ariel. Perdona que no te preste ahora mucha atención. No me juzgues como desatento contigo; es que me tiene algo preocupado Andrés. No lo había escuchado nunca tan alarmado. Debe sentirse bastante complicado en estos momentos. ¿Sabes?, salió a volar sin su variómetro y ese hecho lo ha puesto muy nervioso. Desde aquí se puede ver cómo está moviendo con dureza los controles de su vela...eso es un mal síntoma...

—¿Hace rato escucho que hablan de ese dichoso “variómetro”! ¿Me podrías explicar qué diablos es? Tal parece que resulta fundamental para ustedes. ¿Tú tienes uno también? —preguntó Candela al tiempo que daba un pequeño salto en la punta de la estaca, para mirar directamente a Ariel, que se había incorporado y, afirmando ambas manos en

el alambre de púas del cercado, seguía con la vista las lejanas evoluciones de Andrés y su parapente azul y blanco.

– Bueno, Candela – indicó Ariel, sin dejar de mirar hacia el punto de vuelo de Andrés, es un pequeño aparato electrónico, que indica al piloto, con unos números y un sonido, si está ascendiendo o descendiendo y le permite mantenerse en los sitios en que hay mejores posibilidades de subir, para extender su permanencia en el cielo. No es fundamental, pero Andrés ha volado siempre con ese aparato pegado a su pierna y ahora, sin la información que le proporcionaba, está algo desorientado. ¿Comprendes?... ¡Oh, sí! tengo uno, pero no lo uso casi nunca – concluyó.

– Sí, sí, creo entender o que dices, pero me parece complicado el asunto... y estimo que tu amigo está algo más que “desorientado” como dices. ¡Cuántas cosas necesitan ustedes para volar!

Y, antes que Ariel pudiese decir nada, continuó:

– ¿No sería más práctico intentar “sentir” el vuelo en el cuerpo? No había escuchado antes a otros que practican por estos lados como tu amigo hablar de ese famoso aparatillo – sentenció casi con molestia la rechoncha Candela.

– Tal vez, amiga. Tal vez tengas razón, pero no olvides que tu proposición se adapta muy bien a los seres como ustedes, que fueron creados para

volar. Nosotros, que no “vemos” el viento, tampoco podemos reaccionar de igual manera una vez que estamos donde se encuentra ahora mi amigo Andrés. Quizá, como dices, sería mejor no depender de tantos aparatos y entrenar mejor nuestros sentidos, pero somos humanos y precisamos más apoyo para emprender esta aventura, que para ti y tus hermanos no es sino completamente natural – sentenció Ariel mientras Candela observaba cuidadosamente sus gestos.

–Humm ya lo veo. Casi puedo sentir que tu amigo en estos momentos está algo indefenso en el viento... ¡Increíble! Me pareció haber escuchado que vuela hace varios años y que lo ha hecho incluso en la lejana Europa. No puedo comprender por qué su voz suena tan nerviosa en estos momentos – reflexionó en voz alta la incisiva Iloica.

– Verás, Candela. Ya te he dicho que para nosotros, los humanos, el vuelo ha sido una aventura perseguida durante larguísimos años. Con ayuda de muchos inventos y con la valentía de otros congéneres en el pasado, podemos alzarlo ahora, pero siempre ayudados por diversos aparatos. Cada uno de nosotros, desde su aprendizaje, ha confiado en algunos de tales inventos para su propio vuelo. Andrés nunca ha volado sin ese aparatito cuyo nombre te llamó la atención. Nunca hasta ahora. Imagina que, por arte de magia, mañana uno de tus oídos no

pudiese escuchar. ¿Volarías con la misma naturalidad de siempre? Eso, más o menos, es lo que ocurre ahora con mi amigo. ¿Vas comprendiendo más?

— Bueno, bueno, si lo expones de esa manera, resulta algo más clarificador. Sin mis oídos, creo que tendría problemas serios para saber qué posición tiene mi cuerpo en el vuelo y lo más seguro es que terminase... ¡dándome un buen golpe!, juiiic, juiiic, juiiic — rió estridente la conversadora Candela.

— Eso más o menos, amiga. En todo caso, Andrés está siendo guiado por Jota desde tierra y veo que ya ha logrado poner en descenso su vela, de manera que confío que no terminará como presumes harías tú con aquel problema.

— Oh, sí, veo que con los giros repetidos que acaba de ejecutar ha bajado bastante. Mira: ya enfiló su aparato en la dirección correcta, hacia la arena de la playa...y no ha vuelto a subir — contestó Candela mientras ambos, ave y hombre, miraban el descenso del parapente de Andrés hacia la playa de San Ignacio.

— De todas maneras, Ariel, creo que es bueno que ustedes revisen la conveniencia de volar con tanto aparato encima. Si me permites — agregó de inmediato la vivaz lloica, sería bueno que ustedes, los humanos que se aventuran en el viento, trabajasen más fuertemente la información que el vuelo va registrando de manera inevitable en el alma.

Que aprendan verdaderamente a “sentir” esto, que para ustedes es una aventura, en la piel. Creo que ella puede entregarles muchísima información que resultará cada vez más preciosa en cada vuelo posterior que intenten. Tal vez de esa manera puedan acercarse más a nosotras las aves que los acompañamos de cuando en cuando en sus paseos, sin que muchos de ustedes lo perciban siquiera. Tú sabes, además, que el vuelo real es diferente y no precisa de otra cosa más que una actitud especial... ¿verdad? —sentenció reflexiva la vivaz Candela antes de agregar todavía:

— ¡Huy, cómo ha pasado el tiempo! Debo marcharme. Tengo un polluelo que no soporta ausencias prolongadas. Ha sido un rato agradable este que he conversado contigo... aunque ustedes de todas formas me parece que complican demasiado lo que es más sencillo... ¡Adiós, Ariel, ya nos encontraremos nuevamente!

— ¡Adiós Candela! Que encuentres bien a tu hijo. Pensaré en lo que me has dicho... ya veremos qué se logra.

— ¡El vuelo es y precisa ante todo una actitud especial... recuerda! — alcanzó a indicar la hermosa lloica antes de elevarse raudamente para dirigirse a los distantes avellanos.

Mientras Ariel caminaba por el sendero festoneado de árboles, en la cima de los cerros de Playa San

Ignacio, hacia el punto de despegue para encontrarse con Jota, con las últimas palabras de Candela resonando como un murmullo en el fondo de su cabeza, escuchó en el micrófono de su aparato de radio, la voz de aquél:

– Bien, Andrés, muy buen aterrizaje... ¡bienvenido nuevamente a tierra!

Un Mensaje desde Lejos

*A Miguel Angel López, que aprende
con sacrificio el verdadero arte de volar,
en su querida Mendoza...*

I

Luego de un leve descenso, provocado por el exigente giro que Ariel imprimió a su nueva vela color anaranjado, cruzada por el enorme y estilizado logotipo de su fabricante que simulaba una especie de murciélago, el bello parapente comenzó a tomar decididamente altura, remontando sobre el pequeño cordón de pinos que, en forma de cerco, desciende por la fuerte pendiente del cerro apuntando sus hojas de aguja hacia la playa de San Ignacio, en la sureña costa de Valdivia. El murmullo de las apacibles olas que besaban con insistencia su orilla en forma de gigantesca medialuna, llegaba hasta los oídos del piloto atenuado por el cerrado casco negro que cubría íntegramente su cráneo y rostro...

– Atento Pancho: cuando despegues, ¡aquí está de nuevo el ascensor! Sube con mucha consistencia y sin movimientos extraños.

El deportista en vuelo se dirigía a Francisco Muñoz, experimentado parapentista de Valdivia, al que cariñosamente llamaban “Pancho”, parte del grupo de deportistas esa preciosa tarde de otoño en el escenario costero, que preparaba cuidadosamente su vela para el despegue. El “ascensor” que mencionaba, era una consistente corriente de viento ascendente que normalmente se ubicaba en ese sector del plano de despegue y cuya fuerza podía elevar un parapente con mucha facilidad sobre los doscientos metros respecto del punto de inicio del vuelo.

– OK Ariel, gracias. Me doy cuenta que está sustentando muy bien. Tú debes estar ahora mismo a unos doscientos cincuenta metros y sigues subiendo! – respondió Francisco, al tiempo que proseguía su revisión de equipo.

A lo lejos, adentrándose mucho sobre el tranquilo mar, la joven parapentista valdiviana Carla Amo, parecía suspendida en el éter, todavía mucho más alto que Ariel, quién continuaba girando a lo largo de la ladera que, en cada una de las vueltas, iba quedando más abajo... el paisaje que se ofrecía a la vista de los pilotos, era sobrecogedor. El sol comenzaba lentamente su reverencia de la tarde contra el horizonte y la vista podía abarcar desde Chaihuín

por el sur, hasta más allá de Caleta Bonifacio, por el norte. El vuelo cursaba con una tranquilidad que Ariel no había disfrutado desde hacía mucho tiempo; desde sus vuelos en el norte grande de Chile unos años atrás.

— Uffff, qué manera de subir, Ariel. ¡Debes estar como a unos quinientos metros en este momento! El viento aquí en superficie, está aumentando, de manera que voy a esperar un rato, para ver si puedo despegar con mi pasajera.

— Qué lástima que no puedas salir ahora, Pancho. Aquí, está como en los mejores vuelos que hice hace tiempo en Iquique. Es como tener un sillón a mucha altura sobre el mar. Y la vista... ¡ni te digo!

— Qué bueno, amigo, disfrútalo todo lo que dure! Parece que Carla está muy relajada, como dormida, allá arriba, indicó Francisco aludiendo a una joven deportista que hacía ratos estaba disfrutando de un alto vuelo en la misma playa.

— Sí, Pancho... así me parece. He tratado de contactarla, sin embargo creo que tiene problemas con la radio, porque no me responde. Hace rato le llamo la atención para que observe la superficie del mar. Cerca de la orilla hay un grupo importante de toninas que están dándose ¡un festín, seguramente con sardinas! ¡Es muy bello ver cómo evolucionan para cazar!

— Yo parece que no podré salir con esta enorme vela. El viento está definitivamente intenso aquí

abajo, en el despegue. Ya le dije a mi pasajera que esta vez no podremos ser de la partida. Lástima. Hubo caras largas, pero qué vamos a hacer. Tú sabes que el permiso para esta aventura no depende de nosotros, sino de lo que en este instante te sostiene.

La voz de Francisco sonaba algo decepcionada en el pequeño micrófono pegado al interior del casco de vuelo de Ariel

– Bueno, bueno. Tal vez en un rato más puedas salir con tu vela sencilla, que es más pequeña.

– Eso espero amigo. Quiero ir a hacerles compañía unos momentos. El atardecer está de película y las velas se ven muy hermosas con esta luz, ¡créeme!

Ariel, entretenido en el diálogo con su amigo a quién veía como un pequeño punto en el borde de la ladera de despegue y tensamente relajado con el vuelo que lo sostenía a gran altura, no había percibido la llegada a su lado del bello aguilucho que lo observaba en silencio desde hacía unos segundos...

II

– ¡Hola Ariel! Veo que estás disfrutando este vuelo... en verdad está muy hermosa la tarde, como varias que he pasado por estos lados, esperando que aparecieras. ¡Oh, pero disculpa mi atolondramiento!: mi nombre es Gabriel y vivo más al norte, cerca de La Ligua ¿conoces ese lugar?

El parapentista que conversaba con las aves, giró su cabeza y pudo observar al hermoso aguilucho — un ave que raramente puede observarse en la costa valdiviana — que seguía sus evoluciones sin ningún esfuerzo, como ya estaba acostumbrado a apreciar luego de tantos vuelos acompañado de pájaros de muchas especies.

—Saludos, Gabriel. Es un gusto conocerte, como lo ha sido con cada uno de tus hermanos que he visto en los distintos lugares donde he volado. Claro que conozco La Ligua... hace unos años volé por esos lados, con algo más de ruido, claro, en unos aviones pequeños. ¿Qué haces tan lejos de tu casa? ¿Hay algún problema serio que debas atender aquí en el sur?

—¡Oh no, no!... bueno, en realidad no lo sé...; deberás juzgarlo tú, Ariel. Tal como te comentaba hace un rato, esperaba tu aparición desde hace un par de días, porque traigo la misión, encomendada a nosotros desde el otro lado de la cordillera, de hacerte saber noticias de un amigo tuyo que está en ciertos apuros. Mis hermanos del norte sabían que emprendería este viaje de exploración al sur y me dieron el encargo de encontrarte, si alcanzaba.

El piloto realizó un giro pronunciado para retornar hacia la orilla de la playa, puesto que se había internado demasiado hacia el mar, distraído por la conversación con el rapaz. En su cerebro comenzaron a hilvanarse conjeturas respecto de la persona a que se había referido el ave.

— ¿A quién te refieres, Gabriel? Seguramente es alguien especial, porque dentro de mi escaso grupo de amigos no he sabido de problemas que afecten a alguno de ellos.

— Vaya, es extraña tu respuesta... se trata de un amigo que no has conocido en persona. Que ha volado muchísimo y con el cual has desarrollado una amistad basada en cartas electrónicas... ¿ya estás comprendiendo a quién me refiero? — El bello aguilucho miró directo al rostro a Ariel, quien vio el destello de sus grandes ojos y pudo percibir la fuerte energía que emanaba de ellos.

— Miguel... "Migue Moncho" — murmuró Ariel mientras algo parecía aclararse en su cerebro — ¡Claro! ¡Qué torpe he sido!; seguramente se trata de mi amigo mendocino, que está pasando por un duro trance desde hace un tiempo. ¿Es así, no es cierto?

— Exacto. Se trata de tu amigo de Argentina. Ese mismo que sabe lo que es el vuelo y ha probado en carne propia el enorme poder de los elementos con los que muchos de tus congéneres, juegan displicentemente creyéndose sus amos. ¿Recuerdas que trabaste contacto con él a partir del relato que hizo de su experiencia límite, en el cerro Arco de Mendoza, cuando fue literalmente "chupado" por una nube.

— Y pudo sobrevivir? — preguntó el aguilucho siguiendo de cerca el curso de vuelo del parapentista.

Ariel no pudo dejar de pensar en las extrañas conexiones de la existencia. En los múltiples círculos

que se entrelazan de las formas más sutiles, para que los seres que deben entrecruzar sus caminos de existencia, lo hagan en el momento que corresponde.

“Es curioso, se dijo en silencio. Pancho Muñoz, que ahora espera poder despegar de esa pequeña ladera, fue quien me despachó al correo electrónico — hacía más de dos años antes de ese momento — la historia increíble del mendocino que luego se transformó en mi amigo en el ciber espacio y con el cual comparto muchos gustos y visiones de la existencia. Y ahora, en pleno y magnífico vuelo, converso con un ave que se alejó muchos cientos de kilómetros de su hogar, para traerme noticias de ese amigo especial desde el otro lado de la Cordillera... debía ser importante...”

Retomó en seguida la conversación con el aguilucho.

— Sí, lo recuerdo, Gabriel. Le envié una carta electrónica en esa ocasión, hace ya mucho tiempo, porque me sobrecogió la experiencia. No son muchos los que han sobrevivido a esa clase de situaciones. Ya he aprendido, sin tener que vivirlo en carne propia, que estos trapitos de colores no están diseñados para juegos de esa reciedumbre. Pero, ¡qué te cuento a ti, si conoces mejor que nosotros esos monstruos que habitan el cielo! — sentenció con energía el parapentista.

— Vaya si los conocemos, amigo — respondió Gabriel. Y agregó a continuación:

— Cuando le pasó aquello a Miguel en Mendoza, algunos hermanos que observaron desde los acantilados cercanos al Cerro Arco, desde donde había despegado, relataron más tarde que creyeron imposible que pudiese sobrevivir. Describieron la nube como un monstruo. No se explican cómo tu amigo, teniendo en cuentas su vasta experiencia en el vuelo libre, no pudo prever su desarrollo.

— Bueno, Gabriel, tú sabes que no somos del aire, sino de la tierra. Nuestros sentidos nos engañan mil veces mientras permanecemos en este magnífico éter y, por lo mismo, debemos hacer un esfuerzo permanente para conseguir interpretar correctamente cada sensación que vivimos. En muchos aspectos, el análisis que un piloto responsable hace, es inevitablemente una apuesta. Para ustedes el asunto es muy distinto. Además, no me cabe dudas que Miguel tuvo conciencia de lo que venía, pero seguramente la potencia de esa nube lo dejó sin margen alguno de maniobra. Lo demás, casi es un milagro — respondió pausadamente Ariel.

— ¡Eso, amigo! Un milagro fue lo que presenciamos esa mañana en el Cerro Arco — exclamó entusiasmado el aguilucho mientras se adelantaba un poco al vuelo de su interlocutor humano.

— Pero, en verdad, los hermanos del otro lado de la cordillera, nos encargaron que te hiciéramos saber que Miguel está en un proceso de aprendizaje muy difícil y que, sin embargo, se dan cuenta

que su vuelo persiste... por eso vine a buscarte. Es muy probable que termine comprendiendo profundamente lo que pocos entre ustedes logran: que el vuelo es una actitud permanente y una forma de posicionar algo que tenemos dentro de nosotros, que tiene más relación con la energía que nos hace ser lo que en definitiva somos, que con una acción del cuerpo tangible... ¿me entiendes? — terminó preguntando el ave, al tiempo que fijaba sus grandes ojos, capaces de ver un ratón desde enorme altura, en los de Ariel, quien luego de realizar un amplio y suave giro, respondió:

—Sí, Gabriel, al menos me esfuerzo por comprenderlo cada vez que puedo volar y más aún cuando estoy en tierra. Sé que mi hermano en el afán de volar, que ahora se encuentra semi prostrado en Mendoza, está alcanzando ese complejo conocimiento sobre la base de sus largos años de experiencia en el vuelo libre, sumados a su peregrinar por la existencia. He recibido noticias tuyas en las que me deja entrever que el proceso ha sido bastante duro hasta el momento y que hay muchas personas que no pueden visualizar ese camino de aprendizaje que él está procurando aprovechar. Entiendo también que resulta difícil para nosotros los humanos, que muchas veces nos consideramos “superiores” entender que alguien que ha vivido de manera tan activa, se encuentre aprendiendo algo mientras permanece enfermo y, en casos como este,

muchas veces enfrentando la probabilidad de no poder realizar en el futuro muchas de las actividades que formaban su vida corriente. Sin embargo, amigo, ¿sabes?, estoy convencido que “Migue” sacará cosas verdaderamente buenas para el resto de su existencia de este trance. Los sucesos de la vida de una persona no son fruto del mero azar; lo que sucede es que nos cuesta mucho comprender con rapidez —sentenció el piloto.

—Vaya Ariel; creo que, con todo, los temores de mis hermanos allende Los Andes eran algo exagerados. Verás —agregó enseguida el hermoso aguilucho que se mantenía la costado del parapente de Ariel mientras ambos se internaban algunos cientos de metros sobre la herradura marina de San Ignacio cuya atmósfera salina iba cargándose cada vez con mayor profundidad con los tonos anaranjados del atardecer. Ellos pensaban —continuó conversando el aguilucho— que tú no sabías respecto de ese proceso de profundo aprendizaje interno de tu amigo, más aún cuando no lo conocías personalmente. Que estabas preocupado nada más por el hecho concreto de la enfermedad que lo ha marginado del vuelo durante este tiempo... veo con satisfacción que también estás avanzando en tu propio aprendizaje... Tal parece que los tiempos de frustración por no conseguir alzar el vuelo con tu aparatoso ingenio están llegando al fin ¿o me equivoco? —terminó con

voz suave dirigiendo su mirada al sol que iniciaba su diario recogimiento, cerca del horizonte.

—No, Gabriel, creo que no estás muy lejano de la verdad. Aún cuando cada día observo que resta muchísimo por comprender. El contacto y la reflexión profunda respecto de experiencias como las de Migue, mi hermano mendocino, ayudan mucho a quienes somos algo “duros de mollera” como decimos en nuestros campos... espero ser un buen alumno en esto. Mis hijos tal vez obtengan provecho del camino que yo debo construir...

—Bueno, Ariel. Yo, que vine hasta el sur en busca de otros aires y recibí el encargo de conversar contigo, para transmitirte estas noticias, que volaron en una cadena de alas cruzando la cordillera, sobre tu amigo que está pasándolo mal en lo físico. He cumplido esa tarea extra. Creo que no debes preocuparte como apreciamos, suelen hacer con demasiada frecuencia ustedes, los humanos. Pese a todo y más allá de lo que normalmente ustedes pueden ver con sus limitados ojos, suceden cosas fantásticas. Por eso, te aseguro que un misterioso proceso de comprensión se está abriendo en el secreto mundo interior de “Migue”. El está profundizando en su descubrimiento y veo que tú ya estabas en el sendero de esa comprensión. Seguiré mi vuelo entonces, más tranquilo por haberte hallado —sentenció Gabriel cuando ambos giraban regresando hacia la orilla de la playa.

Abajo, sobre el apacible mar del atardecer, Ariel observaba el grupo de toninas que seguían su furioso carrusel para acorralar el banco de peces que formaba su alimento de la tarde. Más arriba de su línea de vuelo, las gaviotas comenzaban a regresar en silencio hacia sus lugares de descanso... el viento seguía sosteniendo con firmeza y por igual el planeo del ave magníficamente diseñada para la vida en el éter y el del aparato tecnológico que hacía factible la soñada aventura de un hombre... todo parecía sumergido en un sutil equilibrio, en una profunda sensación de tranquilidad que traspasaba la piel y los huesos... siempre es posible aprender si queremos, pensó, antes de aterrizar en la playa, justo cuando el sol desaparecía tras la fina línea del horizonte.

—Hasta pronto, Gabriel —musitó despacio el piloto, mientras despedía con la mano al aguilucho que batía suavemente sus bellas alas iniciando un largo regreso a su hogar en el norte, guiado por la última luz de la tarde...

Epílogo

Hoy, Ariel Blanco, el parapentista que conversa con las aves para comprenderse y comprender mejor el mundo que nos rodea, sigue visitando el espacio de la naturaleza haciendo uso de sus aparatos tecnológicos, en pos de mostrarnos a sus habitantes y la esencia que entrañan esas existencias con cuyos propósitos y destino estamos invariable y férreamente vinculados los seres humanos... Buscando tal vez otras aves, que tengan el gusto por la conversación y que quieran, como él, contribuir a dar un nuevo giro, amplio y soberbio, como los que suele lograr en su gran pañoleta de volar, a nuestra forma de habitar el planeta, que ya no es tan ancho, pero al cual seguimos considerando muchas veces ajeno. No único, como en verdad es...

INDICE

Agradecimientos	5
Prólogo	7
Un Cernícalo Especial	9
Norbel y Franco, los Cernícalo	31
Encuentro en Coliumo	53
Justus, el Pelícano	69
Carlos, el Milano Bailarín	81
Encuentro en el Golfo de Arauco	93
Un Cóndor Llamado Francisco	107
Palo Buque	117
¿Instrumentos o Sentidos?	129
Un Mensaje desde Lejos	137
Epílogo	151

Se terminó de imprimir en mayo de 2012
en la Imprenta América, Valdivia, Chile.